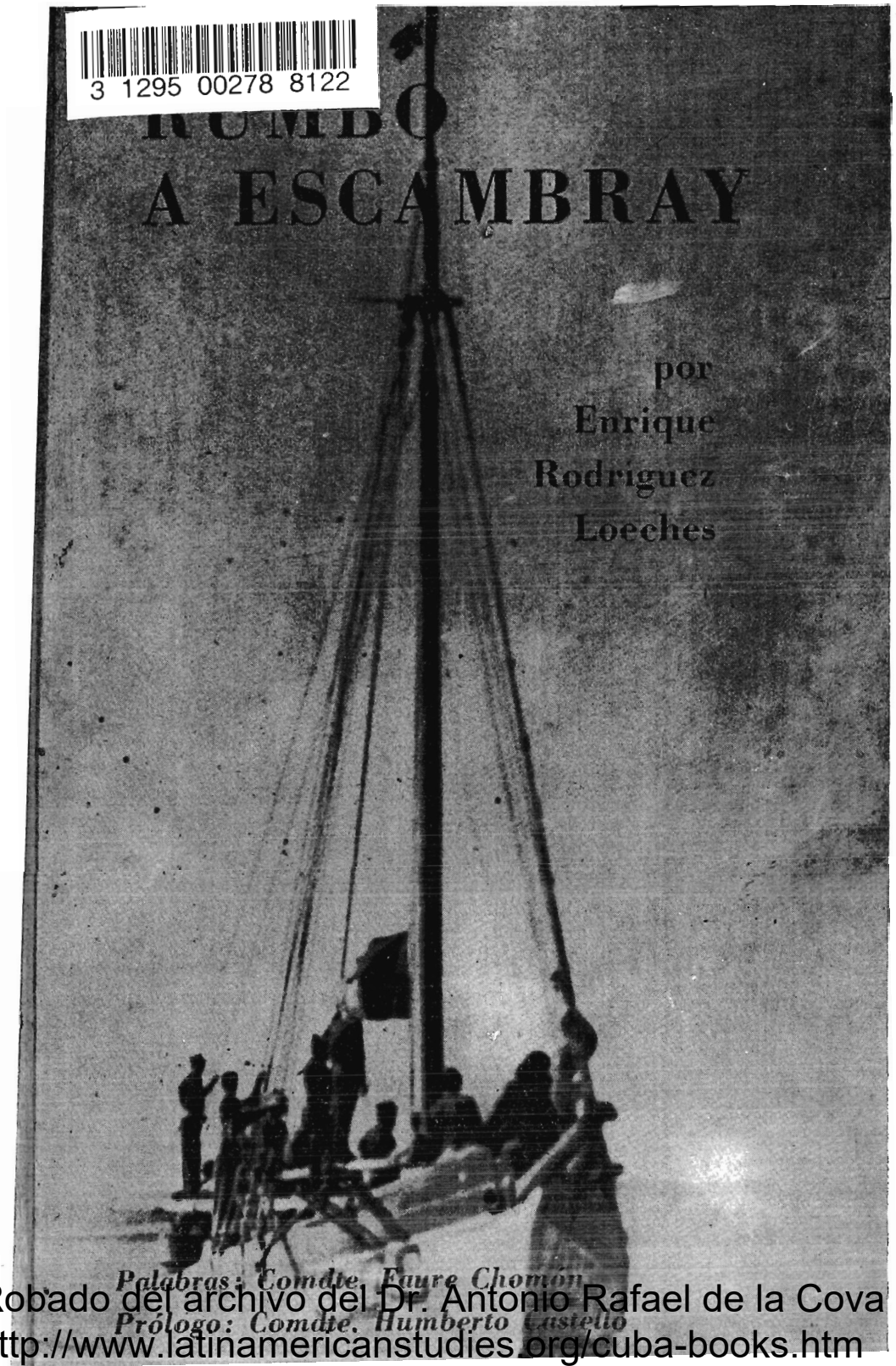
3 1295 00278 8122

RUMBO A ESCAMBRAY

por
Enrique
Rodriguez
Loeches



Palabras: Comdte. Faure Chomón
Prólogo: Comdte. Humberto Castello

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

DEDICATORIA

A LA MEMORIA DE LOS MARTIRES:

Enrique Villegas (†)
Ramón Pandó Ferrer (†)
Enero 25 de 1958
Febrero 21-22 de 1958

Artífices en la constitución del Ejército del Directorio Revolucionario en la provincia de Las Villas.

A LA MEMORIA DE LOS COMPAÑEROS:

Eduardo García Lavandero (†)
Junio 23 de 1958
Pedro Martínez Brito (†)
Julio 10 de 1958
José Rodríguez Vedo (†)
Julio 10 de 1958
Raulín González Sánchez (†)
Septiembre 2 de 1958
Mongo González Coro (†)
Diciembre 15 de 1958

Quienes abandonando la seguridad que les brindaba el exilio volvieron a la Patria y murieron luchando contra la tiranía de Batista.

A LA MEMORIA DE LOS COMPATRIOTAS INMOLADOS EN EL ASALTO AL CUARTEL MONCADA, GOICURIA, PALACIO PRESIDENCIAL Y EN LA CIUDAD DE CIENFUEGOS.

A LA MEMORIA DE:

Hector Rosales Leiva (†)
Marzo 9 de 1959
Juan Abrantes Fernández (†)
Septiembre 23 de 1959

Y de todos los hombres, mujeres y niños que cayeron para siempre en los campos y ciudades de la Isla luchando por libertarla y consolidar la Revolución.

EL AUTOR

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

PALABRAS DE FAURE CHOMON

En el pensamiento de cada uno de los hombres que partimos en la expedición hacia el Escambray podían ir como un credo las palabras de José Antonio Echeverría. "Esta acción envuelve grandes riesgos para todos nosotros y lo sabemos. No desconozco el peligro. No lo busco... Pero tampoco lo rehuyo. Trato sencillamente de cumplir con mi deber".

Cumplir con el deber es como si hiciéramos vivir de nuevo a tantos compañeros muertos. Eramos diecisiete a bordo; pero nos sentíamos poderosos como si nos acompañara, igual que antes, la legión heroica de nuestros mártires. Ellos nos dieron aliento. Ese concepto del deber, la voluntad y la decisión de vencer, decidieron el éxito de la expedición.

Un buen plan, la reserva absoluta y la fe en nuestro triunfo hicieron posible la salida de una ciudad como la de Miami, constantemente vigilada por el F.B.I., la policía de Inmigración y los guardacostas, precisamente el día en que esos cuerpos represivos se lanzaron a darnos una batida. Junto al plan piloto se había calculado hasta lo imponderable; y cómo resolverlo. El único fracaso que aceptaríamos sería el que terminaría con nuestras vidas.

Los planes de emergencia surgían del convencimiento de no retroceder jamás. Esta decisión era del conocimiento de todos los compañeros expedicionarios y por eso resultan imborrables al recordarlos a todos por su firmeza en aquella empresa. Recordaremos siempre a Ester Martín —única mujer en el grupo— que se portó con serena valentía y le sobró ánimo para sonreírle al peligro. Muy distinto a alguno, del que dudábamos en aquellos momentos, para comprobar en el transcurso del tiempo, que no estábamos equivocados.

Hay momentos cruciales que jamás se olvidan, como aquél en que perdidos, sin agua, sin comida y ya casi sin

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

combustible, Eduardo García Lavandero esgrimió el timón de la nave y tomó el rumbo calculado, jugándonos la última carta, para finalmente —con nuestras miradas clavadas en el horizonte—, en silencio y tensión, gritar en coro y a todo pulmón. ¡tierra!; cuando un minúsculo punto negro emergió allá lejos donde se juntaban el mar y el cielo. Hubo horas difíciles y junto a ellas otras agradables que nos proporcionaron, con su ayuda generosa y resuelta, compatriotas que jamás olvidaremos, como aquéllas que no disponíamos de dinero suficiente para la compra del barco que necesitábamos. Fué entonces que Armando Garrido, condiscípulo de los años de la infancia y compañero de la Organización, dió solución al grave problema alquilando un yate, para lo cual tuvo que poner en garantía una casa de su propiedad. Después, la noche de la partida, en el simulacro de pesquería que habíamos montado, Garrido rompería la monotonía de la noche desgranando con su acordeón las notas de dos bellas melodías que nos decían adiós. Al otro día tomaría un avión hacia Camagüey para esperarnos a nuestra llegada por Nuevitas, donde anteriormente había viajado en unión de su esposa y ultimar los detalles del desembarco con los pescadores del "San Rafael", que ya estaban comprometidos y sólo esperaban el aviso final.

A Garrido y su familia se juntaron muchas familias camagüeyanas que nos abrieron las puertas de sus casas. Los obstáculos se aplanaban siempre ante la voluntad resuelta de algún nuevo incorporado a la empresa. El último de los obstáculos que nos surgió en Camagüey sería el de enviar las armas que correspondían a la Habana. Fué Tony Bastida, un joven revolucionario camagüeyano —compañero del Directorio— recientemente fallecido, quien sin pensarlo ni un segundo ofreció el traslado del equipo en el expreso del cual era administrador. Junto a los compañeros de Camagüey se unirían los de Ciego de Avila y finalmente de Sancti-Spíritus en sus tareas de abrirnos paso hacia el Escambray. En la ciudad spirituana, junto a sus

hombres patrullando en vigilia constantemente la carretera, se unirían las mujeres de la organización que en gesto sencillo y admirable trataban con su presencia de desvirtuar cualquier sospecha. Así siguió su marcha nuestro convoy hasta las mismas laderas de las montañas. Todos los que nos ayudaron no eran otra cosa que el pueblo. La operación secreta iniciada en Miami con una reserva absoluta, que disgustó a más de un compañero, en el desarrollo de todas las partes del plan, había ido incorporando nuevos elementos que contribuían decididamente al empuje que haría llegar la empresa a sus dos objetivos. el Escambray y la Habana. La concurrencia de todos estos factores es lo más extraordinario que podemos señalar al recordar nuestra expedición. Nuestra devoción en este día por los compañeros que cayeron, por los que sobrevivieron con dignidad, por los bravos pescadores de Nuevitas, por las familias que nos abrieron las puertas de sus hogares; que todos juntos fuímos el pueblo, que abriéndonos paso hacia el Escambray, lo hicimos hacia la libertad.

La Habana, febrero de 1960.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

PROLOGO

No voy a escribir un prólogo por puro formulismo; donde es costumbre elogiar al autor y a su obra a veces con una culta hipocresía, pues esto es vicio propio de una intelectualidad decadente y cobarde al servicio de las más innobles y remunerativas causas. Por suerte, hoy nuestra Patria se halla superando todo esto; arrasando con los pensamientos bastardos, con la prensa amarilla y reptil, vehículo de tiranos y del imperialismo, y con los que estudian no para conocer la verdad y mantenerla, sino para negarla y entorpecerla.

Por eso estas páginas escritas por Enrique Rodríguez-Loeches, hermano en ideales, son distintas. Porque llevan en sí una larga y limpia trayectoria. Desde los días de pensamientos aún anárquicos en las aulas del Instituto de Matanzas hemos andado juntos. Después, aunque estudiando distintas carreras universitarias, continuamos luchando al calor de la sangre recien vertida por el pecho generoso de Ramiro Valdés Daussá y el ejemplo vigoroso de Manolo Castro. Más tarde, Cayo Confites nos abrió nuevos horizontes en medio de su clima inhóspito, de la sed, el salitre y la arena candente. Donde aprendímos a amar otras patrias y supimos admirar la magnitud de la estatura del General Máximo Gómez en todos los sentidos. En esta última empresa nos acompañaba Pepe Wangüemert, quien unió un nuevo eslabón a nuestra fraterna cadena. Su ingeniosa mentalidad, sus ocurrencias y el sentido pasional de la amistad nos hizo quererlo con el cariño comprensivo que se profesa a un hermano menor.

El 10 de Marzo de 1952 irrumpe en nuestra Patria la madrugada traidora, preludio de innumerables crímenes y torturas al par que semillero de apóstoles y mártires. Aquella mañana infausta Enrique y yo retornamos al Alma Máter, único bastión de resistencia en la capital, para desde su escalinata heroica resistir las bayonetas. Se abria una nueva etapa. De inmediato comenzamos a conspirar siguiendo las orientaciones de quienes creíamos bien inspirados y con más experiencias que nosotros. Eran nuestras intenciones restablecer, en breve plazo, la dignidad cubana pisoteada por el despótico sargento.

Una vez decursado cierto tiempo unimos nuestros esfuerzos a los de José Antonio Echeverría y junto a él nos dimos a la tarea de constituir los primeros cuadros del Directorio Revolucionario. Hasta que llegó la fecha heroica del 13 de Marzo en que Menelao Mora, digno exponente de la generación del 30 se unió a la nuestra y juntos participamos en las acciones gloriosas de aquel día. La etapa comprendida desde los días que siguieron a esta última fecha hasta la constitución del frente de lucha del Escambray y sus primeros encuentros es la que nos narra el auotr

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

de este folleto. En su relato recoge todas las fatigas, hambre, ansiedad, fiebre y frío de los días de la expedición del "Scapade". Las marchas, los caminos escabrosos, la persecución del ejército son narrados en brillante exposición en la etapa que siguió a la primera jornada por el Mar Caribe.

Pero lo que yo quiero hacer resaltar es que todos estos esfuerzos por los que ellos pasaron en los primeros tiempos no fueron estériles. Pues meses más tarde hubo en el Escambray un formidable ejército revolucionario con conciencia de su tarea, disciplinado, adoctrinado, con devoción para con sus mártires. Con un sentimiento amplio y sincero de Unidad revolucionaria y un coraje que rayaba a veces en el fanatismo. Son tantos los episodios heroicos que protagonizó esta muchachada desafiante de la opresión y de los factores adversos de la naturaleza, que al recordarlos la emoción nos humedece los párpados. Ese espíritu se mantuvo lo mismo en los profundos valles que en las cimas de las montañas. En los soberbios y peligrosos ríos desbordados, que en la humedad del monte o del cafetal. En las solapas de roca que en las obscuras cuevas. Ese espíritu nos llevó a la liberación total de aquellas montañas. A transitar bajo el sol radiante por todos los caminos donde poco antes, hasta de noche como muy bien señala Enrique Rodríguez Loeches, era casi un suicidio. Y el ejército mercenario luego fué poco a poco desalojado de la cordillera y nuestros bravos capitanes invadieron otros territorios como Pueblo Viejo, La Algarroba, Sopimpa, Meyer, Seibabo, Guaniquical, Cantero, Limones, Condado y otros caseríos que bien pronto se vistieron de verde olivo. El dominio de las tropas del Directorio Revolucionario en las montañas llegó a ser tan absoluto que pronto se organizó civilmente la extensa cordillera del Escambray. Y así vemos que el maestro Gilberto Mediavilla no se limitó a dar clases en la escuela del campamento de la comandancia general en "Dos Arroyos", sino que la Unidad Educacional "Joe Westbrook" se extendió por otros territorios. El valiente campesino de aquella zona y hoy capitán del ejército rebelde, Juan Miranda, al frente de la Comisión Campesina organizó a los guajiros de casi toda la región. Mientras que el valioso líder obrero, el capitán Pedro Martínez Larrinaga, hacía un Censo agropecuario y de personas, muchas de las cuales nunca habían sido censadas anteriormente. El abogado villaclareño Humberto Jorge Gómez, capitán de nuestro ejército era el jefe de la auditoría "Menelao Mora Morales" y resolvía lo mismo asuntos de naturaleza civil que los casos de índole criminal que llegaban a sus cortes. Andando el tiempo se amplió cada vez más la labor social del ejército nuestro en los valles, poblados y montañas villareñas. Arreglamos caminos vecinales con los bulldozers ocupados al enemigo en nuestros avances; y a veces usábamos estos mismos aparatos para construir trincheras ante los intentos de ofensiva del enemigo.

Por otra parte, con la colaboración de la Comisión Campesina y la del Censo, se distribuían reses y vacas requisadas entre los batistianos y geófagos de la región a los campesinos pobres de la zona. Y hasta se fundó un patronato de Cría que ubicamos en los terrenos del Hogar Campesino No. 4, en la zona de Meyer, al cual pusimos por nombre "Juan Pedro Carbó Serviá" en memoria del compañero veterinario caído en la masacre de Humboldt No. 7. En este sitio escogimos los mejores sementales y mejoramos el ganado de los campesinos. El primero de estos servicios sociales organizados fué el que funcionó bajo mi dirección, la Unidad Médica "Pepe Wangüemert", que prestó servicios a una extensísima región, entre los niños y mujeres principalmente. Aparte de ello atendíamos a los heridos y bajas sufridas en los combates. En los últimos tiempos de campaña llegamos a tener unidades móviles, ambulancias y un hospital muy bien instalado con su salón de operaciones en Güinía de Miranda. Las comunicaciones mejoraron por minutos. Llegamos a tener una larga red telefónica que se extendía desde la Comandancia General en "Dos Arroyos" a través de siete leguas, es decir, veinte y ocho kilómetros. La red era atendida continuamente por una compañía de reparaciones. Estas comunicaciones fueron completadas con nuestras dos plantas trasmisoras de radio que salían por los 40 y 20 metros en Onda Corta que fueron dirigidas, indistintamente, por los capitanes Martín y Salinas. Cuando la gran ofensiva rebelde por Las Villas había una planta móvil que siempre estuvo al lado de nuestro Secretario General Faure Chomón. Se comunicaba con la emisora principal "6 T.M." (Seis Trece de Marzo) y en las inmediaciones de Sancti Spíritus funcionaba la "6 D. R." (Seis Directorio Revolucionario) que finalizando la guerra se mantenía en contacto con distintas plantas en las principales ciudades colindantes a aquella zona como Radio-Tiempo, Radio-Nacional, Radio Placetas, Vueltas y otras más de la provincia.

La Sierra del Escambray, en donde con tanto riesgo tenían que moverse los compañeros que desde Miami trajeron las armas a mediados de febrero de 1958, se hallaba seis meses después bajo el completo dominio de los rebeldes del Directorio Revolucionario. Cada intento de ofensiva por parte de las tropas mercenarias de la tiranía era rechazado por nuestros valientes soldados. Hasta que llegó un momento en que tuvimos que abandonar nuestros campamentos para ir en busca del enemigo a sus cuarteles y fortalezas. Y en muchas ocasiones hubo que desechar el dócil y lento mulo por el jeep y camión comando.

Finalizando el año llegó a la cordillera de Escambray el Che Guevara y su aguerrida infantería oriental. Fué una marcha de titanes comparable a la emprendida por Gómez en el 95 cuando llegó hasta las mismas llanuras de Colón. En "Dos Arroyos" nos dimos un abrazo y en "El Pedrero", a principios de noviembre, quedó firmada la Unidad que un mes des-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

pués dió al traste con la dictadura y puso en fuga al tirano. Mientras sus tropas, hermanadas con las nuestras avanzaban por el sur de la provincia liberando pueblos y ciudades, por el norte marchaba el victorioso Camilo Cienfuegos cortando las comunicaciones y haciendo libres a miles de cubanos. Al tiempo que este último se cubría de gloria en Yaguajay, el Che y Cubela libertaban Santa Clara y Faure Chomón rompía las cadenas que ataban a Trinidad. La victoria del 1º de enero de 1959 fué posible, en gran medida, gracias a la abnegación de los hombres que habían partido, desde Miami, un año atrás, en el yate "Scapade".

La Habana Febrero de 1960.

COMANDANTE HUMBERTO CASTELLO

INTRODUCCION

En la tarde del día 13 de marzo de 1957 se produjo un ataque comando al palacio fortaleza del dictador Batista en el corazón de la capital de la República de Cuba. Medio centenar de hombres, dirigidos militarmente por Carlos Gutiérrez Menoyo, penetraron hasta el propio despacho del tirano abriéndose paso a ráfagas de ametralladoras y explosiones de granadas. El déspota salvó la vida milagrosamente. Treinta de los asaltantes murieron en ese empeño. Entre ellos el abogado Menelao Mora Morales, uno de los máximos líderes civiles del plan, y el jefe militar del mismo. En otra operación bélica combinada con la anterior, a quince minutos escasos de este último lugar, moría José Antonio Echeverría, presidente de la Federación Estudiantil Universitaria y Secretario General del Directorio Revolucionario.

Con motivo del ataque al Palacio se recrudeció la represión que la tiranía había impuesto al país. Los heridos que sobrevivieron a la acción fueron ultimados inmisericordemente donde quiera que eran detenidos. El Dr. Pelayo Cuervo Navarro, presidente de un partido político de oposición, ajeno a los hechos, fué asesinado a sangre fría aquella noche de horror y de sangre. Sólo estaban seguros aquellos participantes de las acciones del día 13 que buscaron refugio en casas de amigos y compañeros. Pues los centros hospitalarios de la capital y las clínicas privadas eran registradas en busca de supervivientes. Uno de estos últimos, Faure Chomón Mediavilla, con el cuerpo cosido a balazos, había sido el segundo jefe de la operación de ataque a la guarida del tirano. En los momentos de producirse la acción era buscado tenazmente por la policía del déspota. Razón por la cual había abandonado sus estudios de Administración Pública en la Universidad de la Habana y se hallaba sumergido en la clandestinidad. Chomón era Jefe de Acción del Directorio Revolucionario. Aún no había cumplido treinta años de edad.

En el ataque al Palacio Presidencial el Directorio Revolucionario sacrificó lo mejor de sus hombres, equipos y recursos. Al fallar en nuestros propósitos la organización quedó prácticamente diezmada. Pero el espíritu de pelea no decayó un momento entre los supervivientes. Heridos y acorralados hicimos pública nuestra determinación de proseguir la lucha no obstante la precaria situación en que nos encontrábamos. Fructuoso Rodríguez, heredero de Echeverría en el alto mando universitario y la Se-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

cretaría General de la Organización, se negó a asilarse no obstante la férrea persecución que contra él había desatado la tiranía. Igual postura adoptaron el resto de los compañeros. Joe Westbrook fué comisionado para que redactara una proclama exaltando la memoria de los compañeros caídos en las acciones del día 13 y explicando al pueblo las causas del fracaso de la operación de asalto al Palacio Presidencial. La misma finalizaba con estas proféticas palabras: "Frente a la traición de los elementos politiqueros que tratan de aprovecharse de la sangre vertida, la Revolución seguirá sus trayectorias hasta lograr su triunfo. ¡Muere un héroe y surgen cientos de combatientes! ¡Seremos libres o caeremos uno a uno con el pecho constelado a balazos!" Cinco de los nueve suscribientes de la proclama cayeron antes de que nuestra Patria lograra su libertad.

Después del asesinato de cuatro líderes del Directorio Revolucionario el día 20 de abril en la calle Humboldt No. 7, se dió la orden de salida del país para aquellos compañeros que estaban más perseguidos. Chomón había sustituído a Fructuoso Rodríguez en el cargo de Secretario General del Organismo al ser asesinado en la calle Humboldt. La orden de que el primero saliera para el extranjero en busca de armas se había acordado en el propio mes de marzo. Se asilan en el mes de abril dos primos de Joe Westbrook —Héctor Rosales y Carlos Figueredo— en la embajada del Brasil. Sale para Miami, clandestinamente, aún herido, Faure Chomón, Hacia Honduras se dirige el doctor Antonio Guevara, y Julio García Olivera va para Costa Rica. Luis Soto se asila en la embajada de México. Armando Hernández Jr., parte hacia Miami. Igual hacen Domingo Portela y Armando Pérez Pintó. El día primero de mayo recibe la Embajada del Salvador a Tony Castell, quien con Angel Eros se dirige a Miami. El último día de este mismo mes salía yo rumbo a España vía Estados Unidos.

Al ser asesinado un grupo de sus dirigentes y partir hacia el extranjero el resto de sus principales líderes un nuevo ejecutivo del Directorio Revolucionario se estructura en el país. El organismo ha dejado de ser un núcleo estudiantil. En su seno se agrupan hombres y mujeres de todas las clases sociales de la nación. La juventud predomina en la base y en sus cuadros dirigentes. Estos se amplían y pasan a dirigir el organismo un grupo de esforzados compañeros. Primitivo Lima, Andrés Silva, Osmel Frances, Mary Pumpido, Orlando Pérez y Humberto Castelló se destacan entre los profesionales. Los dirigentes obreros Pedro Martínez, Orlando Blanco y Jorge Martín, quedan a cargo de la parte sindical. Natalia Bolívar, Zaida Trimiño y Marta Jiménez, la viuda de Fructuoso Rodríguez, imprimen gran dinamismo a la sección femenina del organismo. Y la Universidad de la Habana, en cuya rebelde colina naciera el Directorio, continúa aportando sus más valientes y mejores hijos al organismo que fundara el inolvidable José Antonio Echeverría, Guillermo Jiménez, Angel Quevedo, July Fernández Cossío, Bebo Remedios, Héctor Terry, Domingo Pérez, González Tapia y Enrique Zamorano dirigen a los estudiantes de la Universidad de la Habana. Mientras que Jesús González Barreiro ("Paulino") estremece con sus audacias a los católicos de la Universidad de Villanueva. El estudiante de la Segunda Enseñanza Mario Reguera, ex-combatiente del día 13 de Marzo, Jorge Robreño, Eloy Gutiérrez Menoyo y el propio Guillermo Jiménez ponen movimiento y acción en las calles de la capital. Algunos de los compañeros antes citados tendrán que coger el camino del exilio antes de finalizar el trágico año de 1957.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

EL EXILIO

Apenas Fulgencio Batista se adueñó violentamente del poder, de la nación muchos de sus hijos emigraron hacia otros países. A mediados del año 1957 miles de cubanos pagaban con el destierro su amor por la libertad. Los jóvenes del Directorio Revolucionario que tuvieron que abandonar la isla se esparcieron por todo el planeta. Si a eso unimos el cierre de la Universidad de la Habana desde finales de 1956, se comprenderá la causa de que cientos de estudiantes abandonaran nuestro territorio en busca de las aulas de otras universidades; principalmente europeas. Una gran cantidad de estudiantes de medicina matriculáronse en universidades españolas. Otros en París. La mayoría de ellos, ciertamente, no eran perseguidos políticos. Pero constituyeron células del Directorio Revolucionario que denunciaron al mundo la persecución que la dictadura desataba contra los principales centros de cultura del país. En Suramérica acogieron a los exilados cubanos con grandes muestras de simpatía. Hubo un momento, inclusive, que el Congreso de la República del Ecuador, hizo pública su solidaridad con la revolución cubana y su repudio a la tiranía batistera. En Santiago de Chile intelectuales de toda Hispanoamérica y hombres de estado como Juan José Arévalo y Rómulo Gallegos hacían otro tanto en torno a la memoria de José Antonio Echeverría. Estas manifestaciones se debieron, en gran medida, a gestiones de los exilados del Directorio Revolucionario en ambos países. En determinado momento llegaron hasta Río de Janeiro y Sao Paulo, los desterrados de nuestra organización. Lo mismo que a Buenos Aires, Montevideo, Lima, Bogotá, Caracas, Panamá, Costa Rica, el Salvador, Honduras, Guatemala, México y Veracruz. Por el norte los hubo en el Canadá, las Bahamas, Chicago, Nueva York, Jacksonville, New Orleans, Tampa y Miami.

La dictadura de Batista arrojó a más de cinco mil cubanos al destierro. En la ciudad de Miami vivía una cantidad considerable de ellos. Aquí se concentraron los principales líderes del Directorio Revolucionario. Y hacia esta ciudad floridana convergieron también innumerables Agentes del Central Intelligence Agency (C.I.A.), FBI y del Departamento de Justicia y de Inmigración de los Estados Unidos. A pesar de ello el tráfico de armas era más intenso en Miami que en cualquier otra parte del exilio.

Tan pronto Faure Chomón llegó a la Florida comenzó la movilización de todos los cuadros de la Organización en el exilio. Sin

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

En el exilio, unos días antes de partir de Miami, se hizo esta foto en la que aparecen, de izquierda a derecha: Comandante Faure Chomón, Comandante Juan Abrantes, matrimonio René y Ada Azcarreta, José Fernández, Capitán Agustín Díaz-Argüelles y Enrique Rodríguez-Loeches. — En cuclillas: Raulín González, Enrique Montero, Ignacio Elzo y Comandante Ramón Guín.

abandonar su constante comunicación con Cuba, viajó continuamente por Chicago, Nueva York, Tampa..., en demanda de dinero para la compra de armas para libertar la isla. La gran emigración cubana de estas ciudades, principalmente la de New York, respondió presente a la petición de recursos para continuar la guerra. Los mítines se sucedían continuamente. Lo mismo que las visitas a las fábricas en que cubanos, portorriqueños y dominicanos laboraban durante el día. La vida sencilla que llevaban Faure Chomón y sus compañeros del exilio era el ejemplo que más entusiasmaba a los exilados y emigrados para hacerlos contribuir al engrandecimiento del Directorio Revolucionario. Hacia el mes de noviembre se reunieron los exilados de las diversas organizaciones y partidos políticos de la oposición en la ciudad de Miami y constituyeron una "Junta de Liberación". Ello no fué óbice para que el Directorio continuara en su labor de proselitismo y la compra de todo tipo de equipo bélico que encontrara. Traficantes y contrabandistas de armas se desplazaron hacia las playas de la Florida. Eduardo García Lavandero, Luis Blanca, el propio Chomón, Carlos Figueredo, Héctor Rosales y Julio García Olivera, se ocupaban de estos menesteres. Los tres últimos habían combatido el 13 de marzo en la emisora Radio-Reloj y la Universidad de la Habana. Y eran grandes conocedores de todo tipo de armas.

La urgencia de cubrir las más elementales necesidades y el mal humor e irritabilidad propios de los desterrados cundía en las filas de la organización en el exilio. No éramos nosotros los únicos. Para coordinar mejor todo lo relacionado con la disciplina interna y el entrenamiento y práctica de las armas de fuego en los hombres se designó una Comisión de Disciplina. Estaba presidida por Eduardo García Lavandero y tenía como vocales a Antonio Castell y Jorge Robreño. Gracias a ella, las prácticas de tiro en los pantanos de los Everglades, en las afueras de la ciudad de Miami, fueron pronto modelo de organización. Por otra parte nuestros arsenales se hallaban situados en lugares insospechados.

La "Junta de Liberación" constituída, que tantas ilusiones hizo abrigar a miles de cubanos dentro y fuera de la isla, comenzó a quebrarse. Finalizando el mes de diciembre se desintegró la misma. Las ilusiones de unas navidades sin Batista eran cada día más remotas.

Y el año 1957 terminó con las organizaciones del exilio divididas. Lo cual era un acicate para mantener unida a la nuestra, que cada día más pujante, se aprestaba a emprender de nuevo el regreso a la isla. Con el año que dejábamos atrás quedaban los

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

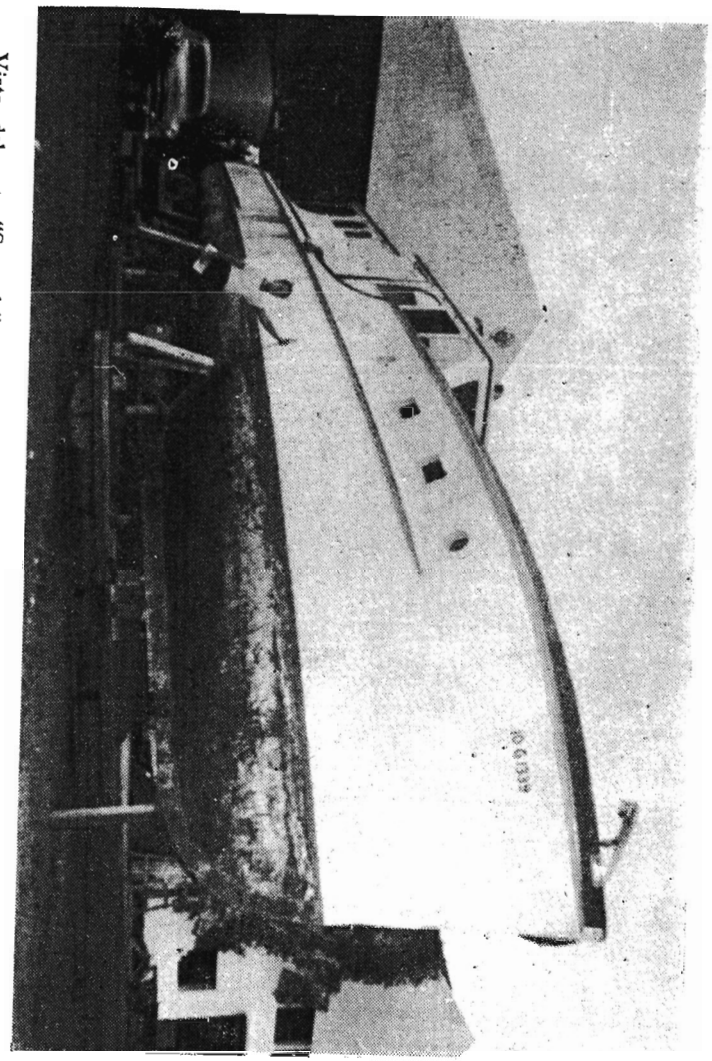
más desgarradores episodios en la historia del Directorio Revolucionario. Como fantasmas marchaban a nuestro lado la larga lista de hermanos asesinados por la tiranía. Eran recuerdos imborrables: Briñas, Echeverría, Wangüemert, Oswaldo Díaz, Abelardo Rodríguez, Machadito, Carbó, Menelao, Carlos Gutiérrez Menoyo, Pepe Castellanos, Luis Almeida, Evelio Prieto, Reinaldo León Llera... Sus huesos eran astas. José Antonio Echeverría la más alta bandera.

PREPARATIVOS DE LA EXPEDICION

Con el año que entraba una nueva responsabilidad le era asignada a Eduardo García Lavandero. Buscar cualquier tipo de embarcación o vía capaz de trasladar a Cuba a un grupo de compañeros y el equipo bélico que tenía la Organización en los Estados Unidos. Nuestro propósito era hallarnos en Cuba lo antes posible. Antes del primer aniversario del ataque a Palacio. Era una cuestión de honor estar en la capital uara esta fecha. A pegar arriba, en la cabeza del tirno. Sin excluir otro tipo de estrtegia como en otras ocasiones habíamos preconizado: sabotaje, huelga general bien coordinada y er bueno dentro de la línea insurreccional. Desde meses atrás calolucha de guerrillas en las ciudades y montañas. Cualquier método rizábamos la apertura de un nuevo frente de combate en el centro de la isla. En las montañas de la Sierra del Escambray. El jefe de acción que teníamos en la ciudad de la Habana. Eloy Gutiérre Menoyo, cumpliendo instrucciones superiores, se había trasladado allí, antes de finalizar el año, con las únicas armas qque tenía la orgazación en aquellos momentos. Y lentamente había ido recibiendo más material que desde Miami y la capital se le había hecho llegar. Una bien organizada célula del Directorio Revolucionario en la ciudad de Sancti Spíritus liddereda por Enrique Villegas sostenía a los compañeros que en las montañas trataban de organizarse.

Nuestros objetivos inmediatos consistían en trasladar parte del equipo para Las Villas y el resto para la Habana; donde se anunciaba el inicio de una huelga por parte del Movimiento 26 de Julio. Los primeros días de enero iban transcurriendo velozmente. Luis Blanca, Héctor Rosales y el Chino Figueredo comenzaron a trasladar para Miami las armas que teníamos en Nueva York. Tan pronto llegaban a Miami, "Merejo" Pérez y otro compañero las escondían. Pero eran tantas, que llegó un momento que tuvieron que ser depositadas en la casa en que vivíamos el ingeniero Pepe Casas, Julio García y yo: 3,681 N.W. 2 St. En la medida que avanzaba el mes de enero Eduardo García se multiplicaba en sus gestiones por conseguir la "vía" que utiilzaríamos en venir a Cuba. Sus múltiples relaciones lo pusieron en contacto con un tripulante del vapor de pasajeros "Florida", que hacía el recorrido entre Miami y la Habana. Por esa vía podríamos venir algunos. Pero la dificultad era trasladar las armas. Por ese conducto sólo podrían entrar hombres clandestinamente en la isla; pero no equipo bélico. Y la vía se utilizó. Los primeros en venir fueron Jorge Robreño y Pedro Martínez Brito. Este último, vicepresidente de los estudiantes de Ciencias Comerciales de la Universidad de la Habana, había participado junto a Echeverría en el asalto a la estación Radio Reloj el día 13 de

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Vista del yate "Scapade", realmente llamado "THOR II", en el cual hicimos la travesía desde Miami hasta "Raccon Cay".

Marzo. Robreño y Martínez burlaron la vigilancia policial y desembarcaron por los muelles de la propia capital. César Páez y John Figueroa, no tan buscados como los primeros, se arriesgaron a venir por el propio aeropuerto de Rancho Boyeros. El día 23 de enero desembarcaban de una nave aérea sin mayores dificultades. Ambos eran villareños, y, junto con los primeros, se irían encargando de preparar el arribo de la expedición a costas cubanas.

El hombre clave que ayudaría a Eduardo García Lavandero a resolver la forma de traer la expedición a Cuba era Armando Garrido. Este era hijo de un comerciante camagueyano y se hallaba estudiando en la Universidad de Miami. Al igual que Eduardo, era piloto civil. La familia de Garrido era poseedora de una casa en el puerto marinero de Nuevitas. Cuya bahía y cayos adyacentes conocían bien a Armando. A través de Garrido entró en contacto Eduardo García con un viejo norteamericano, marino, residente en Miami. Altón Sweeting, que así se llamaba, era el capitán de un yate, cuyo dueño lo alquilaba a los aficionados a la pesca. La embarcación se llamaba "Thor II" y tenía matrícula de New York. El capitán Sweeting no era un norteamericano indolente e insensible. Por el contrario, viviendo a 180 millas de las costas cubanas, sentía simpatía por la causa de la insurrección contra el dictador Batista. Si bien no era un profundo conocedor de las costas cubanas, sí lo era de las islas y cayos cercanos a la Florida. Era un hombre dispuesto e idealista. De ahí que no vacilara en arriesgarse a sacarnos de Miami y situarnos, con las armas, en un cayo no distante de la patria sojuzgada. Primero se pensó en "Cayo Lobo"; pero fue desechada la idea por la poca seguridad que este lugar brindaba. Se decidió hacer el trasbordo en un islote llamado "Raccon Cay". Sitio más resguardado que "Cayo Lobo", que es paso frecuentado de embarcaciones por estar situado en el Canal Viejo de Bahamas. Una vez que estuviéramos en "Raccon Cay", Armando Garrido, partiendo desde Nuevitas, nos iría a recoger en su yate. Y al propio tiempo llevaría combustible para que la nave del capitán Sweeting regresara a Miami.

En el aspecto político, después de los escarceos polémicos surgidos con motivo de la ruptura de la Junta de Liberación, el Directorio Revolucionario había permanecido silencioso. Ante la inminencia de nuestro viaje a Cuba se nos presentaba una oportunidad para que la Organización fijara su posición con respecto a la tiranía y las fuerzas que la combatían. Esa coyuntura tenía lugar con motivo del ciento cuatro aniversario de la fecha del nacimiento del más grande de todos los cubanos: José Martí. Preparamos un acto sencillo, modesto, ante el busto que a nuestro apóstol se levan-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

ta en el parque "Bayfront Park", situado en Biscayne Boulevard. Y en la tarde del día 28 de enero, bajo un intenso frío, Armando Pérez Pintó planteó la necesidad que tenían los hombres de su generación de ayudar a la juventud que en Cuba llevaba el peso de la lucha contra la tiranía. Su ejecutoria, su conducta, era el mejor ejemplo que podía brindarse a los jóvenes que allí nos reuníamos. Como segundo y último orador habló el Secretario General del Directorio Revolucionario Faure Chomón. En medio de su disertación hizo público la apertura de un segundo frente de combate por parte del Directorio en las montañas de las Villas. Cosa que para nadie era un misterio y mucho menos para las autoridades y la prensa nacional e internacional que ya había recogido en sus páginas el choque producido entre tropas de la dictadura y el valiente Enrique Villegas. Este era un dirigente estudiantil de Sancti Spíritus, fundador del Directorio Revolucionario en esa ciudad y uno de los promotores, junto a Ramón Pando, del Frente de Combate del Escambray. Villegas había muerto a mediados de enero batiéndose contra el ejército en los momento que subía a la cordillera un radio, parque, y otros suministros para los alzados. Aparte de este trascendental pronunciamiento planteó Chomón con meridiana claridad cual era la posición del Directorio Revolucionario ante la tragedia que vivía la República. Finalizando su discurso del siguiente modo:

"Marchemos los jóvenes unidos hacia un mismo rumbo. Busquemos juntos el verdadero destino de la Patria; pero marchemos sin abrir abismos entre nosotros que sólo sirven para aumentar las posibilidades de las viejas camarillas de políticos ávidos de asaltar el poder". Y a continuación: "El DIRECTORIO REVOLUCIONARIO seguirá adelante enarbolando esta tesis: unir la juventud revolucionaria para hacer realidad un mañana esplendoroso, lleno de realizaciones positivas para nuestro pueblo. Con esta tesis enarbolada como bandera, sabremos pasar por encima de todas las diferencias para unir a la juventud cubana, la única capaz de sacar a la Patria de la tiranía y salvarla a la vez de los delincuentes de la vieja política. Frente a todos los osbtáculos, con el pensamiento martiano y el programa de la Revolución seguiremos adelante. No habrá fuerza capaz de detenernos. La unión de la nueva generación seguirá por derroteros de triunfo. Frente a Batista y a a los que pretenden sustituirlos con fórmulas de traición, lucharemos hasta vencer o morir".

"¡Viva la juventud cubana unida frente a los politiqueros que pretenden escamotearle el triunfo de la Revolución!"

¡Viva la Cuba de José Martí!"

"¡Viva la Revolución!"

Después de este discurso para nadie era un secreto que de un momento a otro el Directorio Revolucionario partiría para Cuba. La intención de unir nuestras fuerzas en un frente común con el otro movimiento generacional que luchaba en el país, el "26 de Julio", era evidente. Así como nuestro repudio a los políticos tradicionales que también decían combatir a Fulgencio Batista.

Las setenta y dos horas que transcurrieron desde el acto en homenaje a José Martí y nuestra partida fueron de una actividad febril. Eduardo García, Ester Martín y Armando Garrido salieron varias veces, de pesca en el yate "Thor II" para comprobar la seguridad que brindaba el lugar de partida.

La revisión de las armas y parques se hacía rápidamente. La comprobación de este último permitía verificar las últimas prácticas de tiros en los Everglades. Fernando Pita y Orlando Pérez volaron desde la Habana hasta Miami en misión de la Organización. Un percance surgido a última hora hace variar los planes que teníamos Armando Pérez Pintó y yo. Nosotros pensábamos utilizar la "vía" del vapor "Florida" para venir como antes habían hecho Martínez Brito y Robreño; pero éste último suspendió sus viajes a la Habana haciendo ahora la ruta con Nassau. Armando Pérez Pintó decidió correr el riesgo de desembarcar por Varadero. Previo un chequeo verificado que aseguraba que no sería detenido al llegar. Yo me embarcaría en el yate con el resto de mis compañeros. En cuanto a éste, dada la cantidad de material bélico, cinco toneladas, que traeríamos, imposibilitaba traer a todos los que estábamos empeñados en venir. Solo podrían hacerlo diez; pero a pesar de las protestas del capitán a la hora de embarcar seríamos diez y seis. La selección de quiénes seríamos éstos fué motivo de disgusto. El ejecutivo del organismo que funcionaba en Miami hizo la selección de los agraciados y Eduardo fijó la noche del día 31 como fecha de partida.

El día 30 de enero descubrimos varias cajas de parque de balas 45 en mal estado. El mismo día 31 partieron hacia los Everglades Héctor Rosales y Enrique Montero a seguir probando otras más. De regreso son sorprendidos por una patrulla de caminos de la policía y detenidos con una ametralladora calibre 30. Como consecuencia de ello las autoridades hicieron un registro en el domicilio

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

de la familia Azcarreta, cuya casa se había convertido últimamente en el cuartel general del Directorio Revolucionario. El registro efectuado fué infructuoso pero alteró nuestros planes. Las armas que había en nuestro domicilio tuvieron que ser sacadas en plena tarde y depositadas en los maleteros de los automóviles de varios compañeros. El punto de reunión para la partida dejó de ser nuestra bien resguardada casa de la calle 2a. y 36 Avenida del North West. Nos concentramos en casa del buen amigo Merejo y desde aquí a otra casa amiga fuímos trasladándonos lentamente hacia un parqueo situado en la calle 14 del North Est. Desde este sitio hombres y armas ibamos hacia el muelle situado cerca del puente Mac Arthur que comunica a Miami con Miami Beach. El más céntrico lugar de esta turística ciudad. Lugar donde nos aguardaba el "Thor II", que ya había cambiado su nombre por el de "Scapade".

PARTIDA DE MIAMI

Con motivo de los obstáculos surgidos en los últimos momentos nuestra partida de Miami se retrasó unas horas. En vez del anochecer, pasaban las doce de la noche cuando el yate "Thor II" de 55x12 pies partía de los muelles con su carga bélica y humana. Cubriendo las apariencias, cual si se tratara de un grupo de amantes de la pesca y del licor, Armando Garrido rompía el silencio de la noche rasgando los aires al compás de la música que entonaba su acordeón. Mientras se soltaban los amarres de las gruesas sogas y Eduardo levaba anclas con el capitán Alton se oía, simbólicamente, los ecos de la melodía "Adiós".

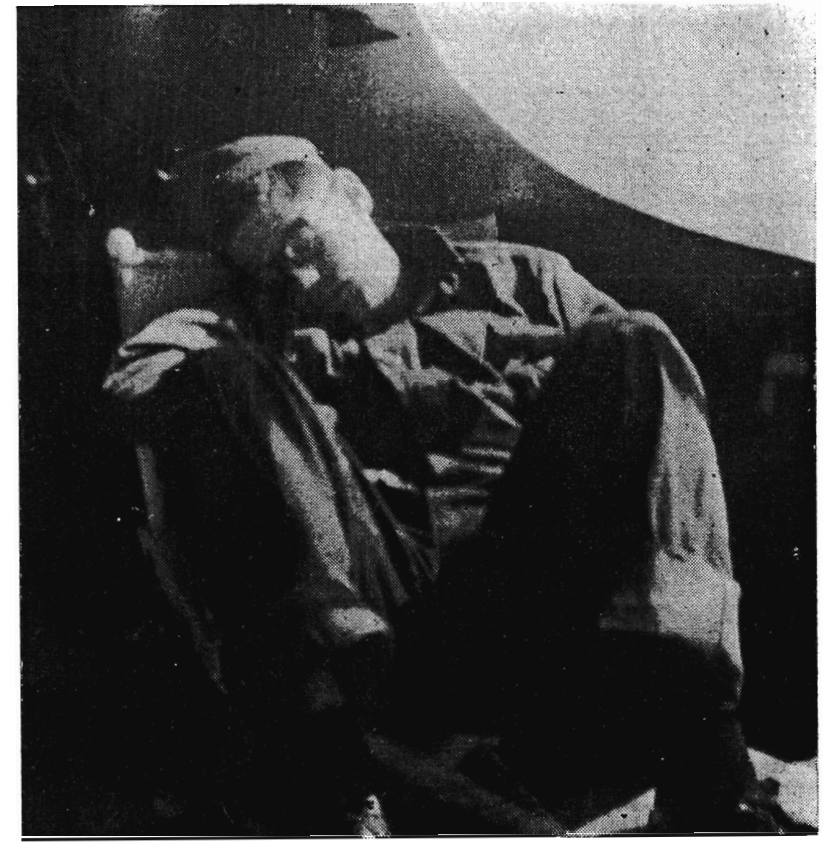
Como mejor pudimos nos arremolinamos los quince hombres y la única mujer que nos acompañaba, Ester Martín, en el estrecho camarote, un sofá y dos butacones que tenía el yate. Sólo el capitán, Ester y Eduardo, que en varias ocasiones anteriores ya habían simulado salir de pesquería, permanecían en cubierta. El mayor peligro era pasar el puente levadizo, cerca de cuyo lugar habíamos embarcado, por tener casi siempre una estrecha vigilancia. El tránsito entre Miami y Miami Beach se detuvo por unos instantes mientras el puente se alzaba para dejarnos pasar; camino de la mayor incertidumbre. Una vez rebasado el mismo Julio García y yo nos situamos en la popa. Dejábamos atrás las luces de la ciudad, sus altos hoteles y por sobre ellos la cúpula del Ayuntamiento, en cuyo último piso se halla la cárcel de la ciudad. Popularmente conocida por los cubanos del exilio con el nombre de "cielito lindo". Allí se hallaban encerrados desde por la tarde nuestros dos compañeros: Héctor Rosales y Enrique Montero.

El "Scapade" surcaba el mar majestuosamente. Un pequeño oleaje lo hacía moverse de un lado a otro. Sólo llevaba un tripulante, el capitan Sweeting. Buen marino y experto mecánico. Lo auxiliaba Eduardo García Lavandero, quien hacía de navegante Carlos Montiel y Alberto Blanco hacían las veces de timoneles. El viaje se haría venciendo innumerables obstáculos. El primero de estos nos surgió a las cuatro horas aproximadas de navegación. El timón se descompuso. Algunos nos dimos cuenta que nos hallábamos al pairo. La mayor parte continuó durmiendo. En la medida que nos alejábamos de Miami disminuía el peligro de ser interceptados por algún guardacostas norteamericano. La noche continuaba oscura y tenebrosa. Y un frío que no nos abandonaría un solo instante durante más de un mes comenzaba a dejarse sentir. Al fin, la pericia de nuestro capitán arregló el desperfecto y de nuevo el sonar de los motores nos devolvió la tranquilidad.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Al entrarnos el sol por la proa, comenzamos a despertarnos en la mañana del sábado primero de febrero. Comimos unas naranjas como desayuno. Hacia el mediodía ya nos hallábamos a salvo de las autoridades norteamericanas. Al menos legalmente. Pues habíamos rebasado las aguas jurisdiccionales de ese país. Sin embargo, al mediodía, un avión de esa nacionalidad comienza a dar vueltas sobre nuestras cabezas. Nos escondemos todos, menos Cubela y Ester, que se quedan en la popa simulando pescar. Nadie puede dudar que se trata de unos temporadistas de Chicago o la Nueva Inglaterra, que huyéndole al frío del norte se han refugiado en las calenturientas tierras de la Florida. El tipo de la muchacha es nórdico. Rubia y de tez sumamente blanca. El acompañante, con su típico short, trata infructuosamente de lograr alguna pesca. El avión da varias vueltas sobre nosotros y continúa su ruta. Como quiera que nos vamos alejando de las costas de la Florida nos desviamos un poco del rumbo. Un barco pesquero de nativos de las Bahamas nos indica la ruta correcta. Todo marcha bien.

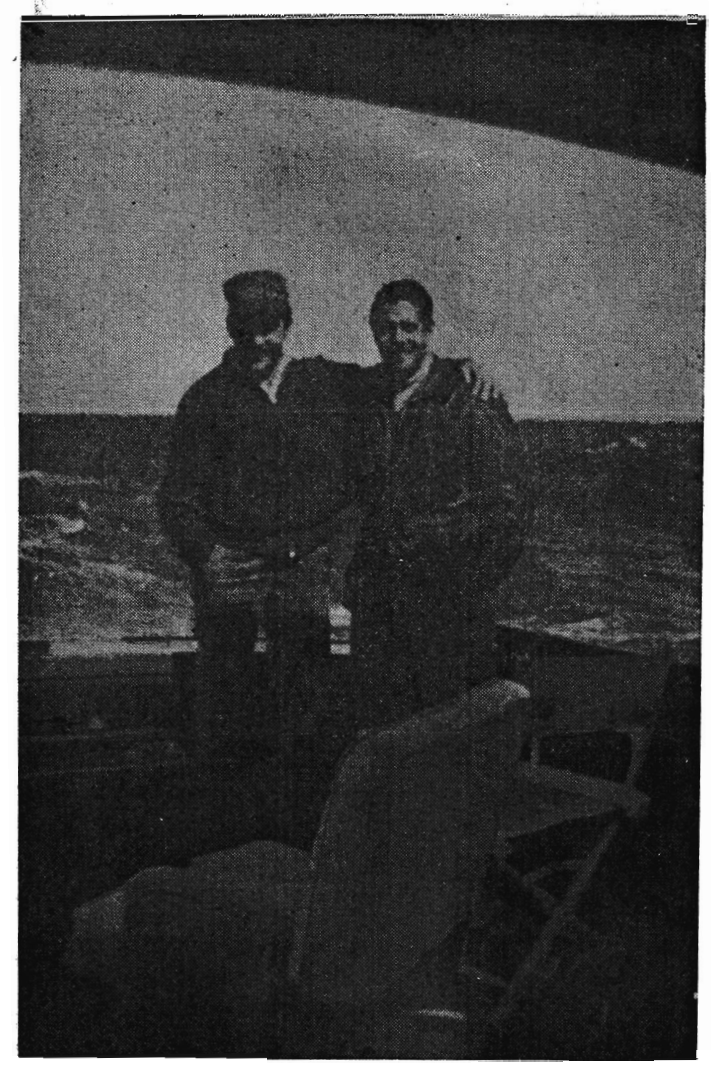
Cae la noche y el frío arrecia por minutos. Sólo hay un camarote disponible que tiene dos literas sumamente estrechas. En cada una de ellas se acuestan, inexplicablemente, dos hombres. Las doce personas restantes nos acomodamos como mejor podemos. En el puente de mando, sin dormir ni descansar, se halla el capitán. A su lado se halla casi siempre Eduardo. En dos sillones de popa se recuestan dos expedicionarios. Otro en un sofá. El resto duerme en el suelo. Las literas sirven de dormitorio a los enfermos. Quienes casi nunca se sienten bien. Aunque lo estén.



En una silla situada en la popa de la embarcación los primeros rayos del amanecer sorprenden rendido al expedicionario Alberto Mora.

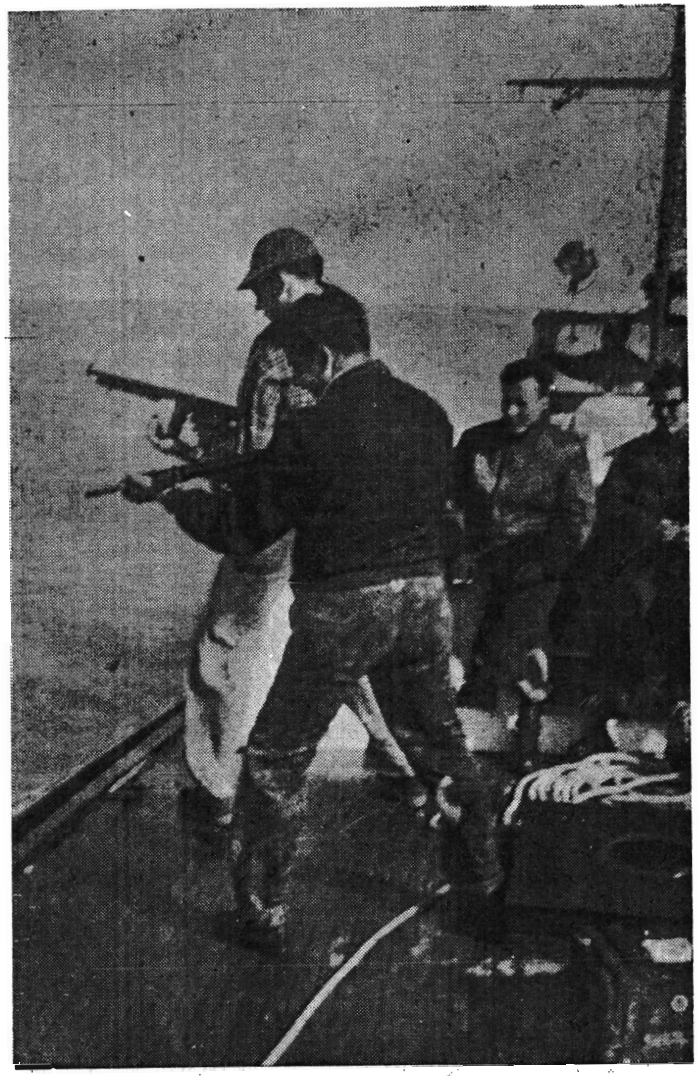
Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Solo cuatro de los expedicionarios pueden dormir en los camarotes; el resto pasa la noche en algún lugar de cubierta durmiendo como mejor puede. El autor de este trabajo obtuvo, en esta ocasión, un cómodo sofá donde pasar la noche.

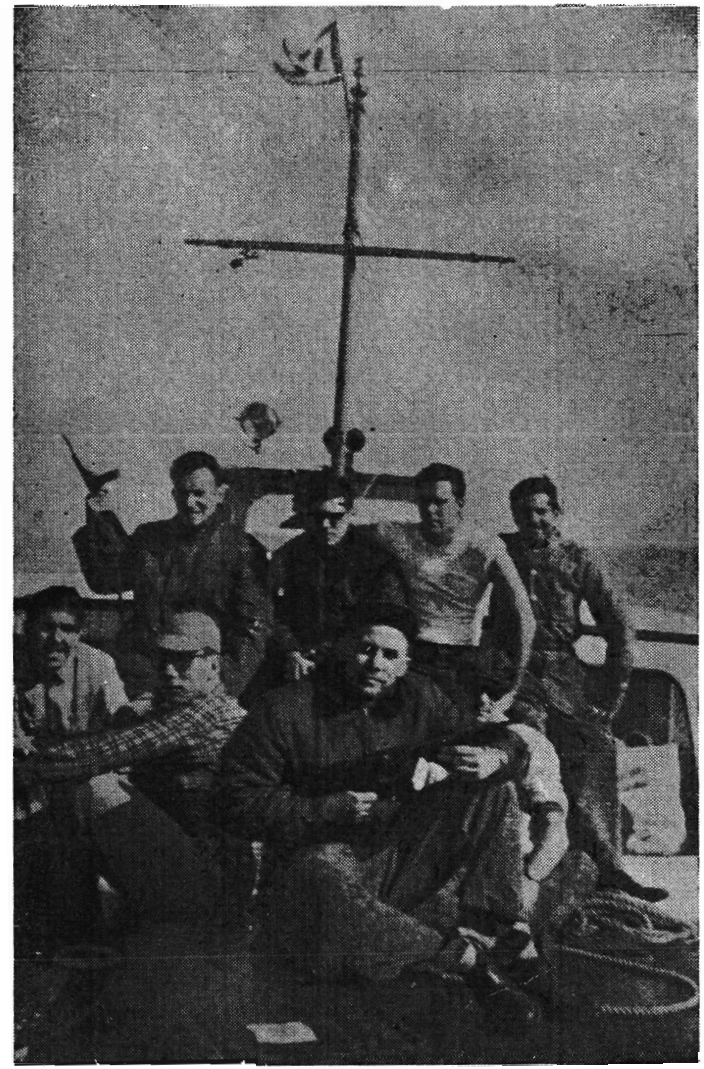


Eduardo García Lavandero y Carlos Montiel, compañeros inseparables en la clandestinidad y en el exilio, posan en la popa del "Scapade" en medio de un mar encrespado.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Mientras navegábamos algunos compañeros hacen prácticas de tiro. En primer término Eduardo García Lavandero y Julio García Olivera prueban su punteria disparando sendas ametralladoras mientras al fondo Faure Chomón y Alberto Mora observan la precisión de los mismos.



Grupo de expedicionarios en la cubierta del "Scapade". En primer término, de izquierda a derecha: Capitán Alberto Blanco, luchando hoy en suelo nicaraguense contra la tirana de los Somoza; Comandante Julio aGrcía Olivera, Enrique Rodríguez-Loeches y Comandante Raúl Diaz Arguelles. — De pie: Comandantes Faure Chomón, Alberto Mora y Rolando Cubela. Finalmente Carlos Montiel.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

EN LA ISLA ANDROS

Durante la mañana del domingo la nave continúa ininterrumpidamente navegando. Comenzamos a preparar las armas. Los peines de las ametralladoras Thompson comienzan a llenarse. Y comenzamos a probar las armas: Carabinas italianas, ametralladoras inglesas "Stern", rifles automáticos B.I.R., etc. Al propio tiempo sacamos varias fotos. En la tarde nos vamos acercando a una isla inglesa: Andros.

El archipiélago de las Lucayas o Bahamas se extiende al este de la Florida y al norte de la isla de Cuba. Tiene poco más de 11,000 km2 y cerca de 90,000 habitantes. Más del 87% de los mismos son la raza negra. Solo 24 de sus 29 islas están habitadas. Nassau, la capital, situada en la isla New Providence tiene 35,000 habitantes. Andros, con sus 4144 kms2 y 7,000 pobladores es de las más habitadas. Como Nassau, es centro turístico de pesca y recreo de temporadistas ingleses y norteamericanos. Las tierras que forman el archipiélago son madrepóricas, llanas, bajas; y casi todas estrechas y largas.

A pesar del peligro que significaba acercarnos a cualquier poblado, ya fuera norteamericano o inglés, no teníamos otra alternativa que tocar en esta isla para coger combustible. El "Scapade" era un yate para hacer pequeños recorridos. El petróleo no alcanzaba para llegar a Raccon Cay. Había que reabastecerse en Andros para dirigirnos al lugar de trasbordo. Y en este volveríamos a recibir el que nos llevaría el barco que nos iba a buscar desde Cuba. Esta expedición tenía ciertas características que recordaban una carrera de relevo. Hasta en eso del combustible.

En la medida que nos acercábamos a Andros nos íbamos escondiendo en las literas, baño, debajo de la proa, etc. El capitán, Eduardo, Montiel y Ester quedaron solamente en la cubierta mientras atracábamos al muelle. La última hablaba perfectamente el inglés. Y el primero no sabía una sola palabra de español. Esta operación duró no menos de dos horas. Nosotros, mientras, no podíamos movernos ni hablar. Eramos tantos y tan poco oxígeno que a veces nos parecía que nos asfixiaríamos. Un principio de coriza que me atacó disgustó notablemente al joven Mora. Cuando al fin llenados los tanques adicionales de combustible nos separamos lentamente de los muelles. Caía la tarde. El sol se ocultaba lentamente en el horizonte y el capitán Sweeting, sabiendo el peligro que nos acechaba en el próximo tramo a cubrir, decidió pasar la noche fondeado en Andros.

En la "Isla Andros" el yate encalla y está a punto de naufragar. Se inclina peligrosamente. Todos los expedicionarios nos situamos en uno de los bordes haciendo contrapeso para que no se vire; aún los enfermos. En la foto se ven varios cuerpos cubiertos totalmente con gruesas mantas y el Comandante Tony Castell con gorra y sueter.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Con el anochecer comenzamos a salir a la cubierta, que era la popa de la embarcación. Ya no se nos divisaba desde el puerto. Sobre las siete empezamos a comer. Rolando Cubela se había constituído en organizador de la cocina desde que salimos de Miami. Aún no habíamos terminado de cenar cuando un extraño movimiento del yate nos sorprendió a todos. Pronto nos dimos cuenta que la quilla de la embarcación estaba tocando el fondo. Estaba bajando la marea. El capitán trató en vano de poner en movimiento el yate. Se levó el ancla, comenzaron a funcionar los motores; pero la embarcación no podía moverse. Se decidió dejarla en el lugar en que se hallaba y no maniobrar más en evitación de males mayores. Al moverse a uno y otro lado las lámparas, sillas y cajas de carabinas italianas comenzaron a bailar una danza macabra. Finalmente quedó escorado el yate sobre estribor. El capitán dispuso que todos los expedicionarios, incluyendo los enfermos, fueran saliendo poco a poco y situándose sobre el borde de babor para hacer contrapeso, y así no naufragar. Haciendo un alarde de equilibrio lo logramos. Comenzó a pasar el tiempo y a llegar un frío atroz. Al más mínimo movimiento se acentuaba la inclinación de la nave. Se sostenía a flote milagrosamente pues se hallaba inclinada en un ángulo de 45 grados. En la medida que avanzaba el tiempo arreciaba el frío. Cada cual fué cubriéndose con alguna manta de lana sobre los gruesos jackets que ya llevábamos. Julio García Olivera y el Chino Figueredo volaban en fiebre. Se acostaron sobre el filo de babor con las cabezas tapadas. A las tres de la madrugada aproximadamente nos hacen señales con luces desde el puerto. Una lancha se aproxima a nosotros. Convinimos todos en callarnos para que sólo hablaran el capitán y Ester. Así se hizo. Los tres ingleses que se interesaban por nuestra situación eran las autoridades del puerto que venían en nuestro auxilio extrañados de que no hubiéramos ido por ellos en demanda de auxilio. Se les explicó que la situación no era tan grave y que teníamos prisa en continuar. Siempre nos hemos quedado con la duda acerca de la conducta de estos señores. Es lógico que se extrañaran de ver a diez y seis personas donde sólo habían visto tres o cuatro por la tarde cuando nos abastecimos de combustible. Lo cierto es que se marcharon después de dar una vuelta en torno al yate y hacerle una ligera inspección.

Media hora después teníamos una nueva visita. No se trataba de una embarcación de motor ni de rubios "Tommys" como la vez anterior. El ruido de los remos delataba un bote pequeño. Sobre él, casi imperceptibles en la negra obscuridad de la noche, tres simpáticos y corteses nativos de las Bahamas. Una vez a nuestro lado se nos brindaron para ayudarnos en nuestro accidente o, de

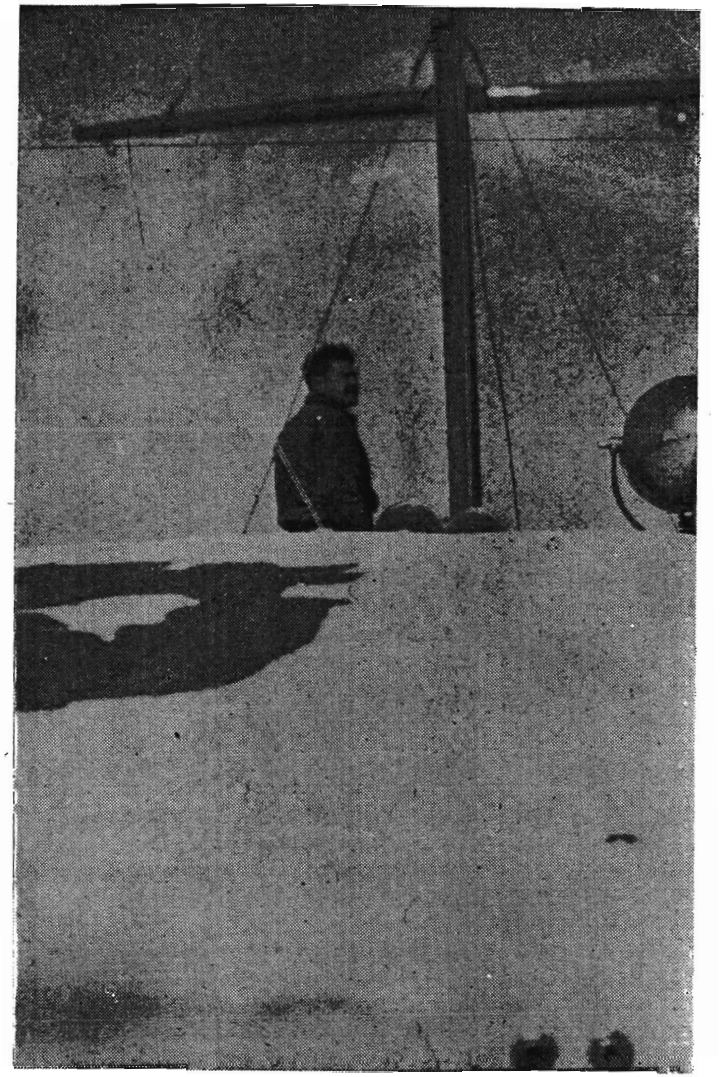
lo contrario, conducirnos al puerto en espera de que subiera la marea. Cosa que aún demoraba una hora por lo menos. Después de una breve charla con nosotros se marcharon los súbditos de la Reina Isabel. E instantes después Rolando Cubela y Raúl Díaz Argüelles, en paños menores, se lanzaban a las "polares" aguas de las Bahamas a inspeccionar el fondo del yate. Por suerte, ni la quilla ni las propelas habían sido dañadas. Tan pronto suben a bordo una botella de whiskey del capitán pasa de mano en mano. Tratando inutilmente de apaciguar el frío. Que cada vez se torna más intenso.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

PERDIDOS EN LAS BAHAMAS

A las cuatro de la madrugada comenzó a subir la marea. Una levísima corriente; y el movimiento de hojas y flores marinas nos da la señal. Todos nos hallamos extenuados después de permanecer nueve horas sobre la dura cubierta. Aún es de noche. Alberto Blanco ha permanecido todo el tiempo haciendo chistes y hablando sin cesar. El "Scapade" comienza a enderezarse y se apresta a hacer honor a su nombre: escapar a toda velocidad de aquel puerto donde poco faltó para que naufragáramos. Uno a uno fuímos entrando con los huesos entumecidos por el frío. El ronco sonido de los motores se dejó escuchar y la nave inició su marcha. Nos alejábamos de aquél sitio al compás de un cadencioso calipso antillano que en una taberna portuaria se dejaba escuchar. Teníamos la impresión a la mañana siguiente que las autoridades inglesas nos detendrían. Y con los primeros claros del día abandonábamos la isla de Andros. No obstante la penumbra del amanecer la misma dejaba ver las bellas residencias de sus ingleses jubilados y sus norteamericanos amantes del golf y de la pesca. Yo traté en vano de dormir, pues el más fuerte ataque de asma que he tenido en mi vida no pudo ser controlado ni con dos pastillas de tedral ni una pareja de cortisona. Al tiempo que el yate adquiría velocidad el capitán Alton Sweeting señalaba a Eduardo García: rumbo estesureste. Gran parte del combustible que habíamos tomado el día anterior lo perdimos al encallarnos. Parece que se produjo una avería en el cuarto de máquinas. Pero no podíamos arriesgarnos a quedarnos en Andros a comprobar la misma ni a buscar nuevamente combustible.

Al salir de esta isla el mar se picó. Un fuerte viento de popa nos favorecía en nuestro empeño de alcanzar el máximo de velocidad que pudiéramos. Navegábamos a más de 12 nudos por hora. El yate apenas tocaba la superficie del mar mientras nos íbamos dirigiendo, sin saberlo, demasiado al sur. De ese modo transcurrió todo el lunes. Solo nos deteníamos a verificar las brazas de profundidad con una potala amarrada a una cuerda. Tan pronto comprobábamos la misma emprendíamos a toda marcha la ruta. Nos hallábamos navegando por una de las partes más peligrosas de las Bahamas. Como es sabido, el Archipiélago está constituído por 29 islas, 661 cayos e islotes y 2.387 rocas y arrecifes. Las Bahamas forman parte del archipiélago de las Antillas. Cuyas islas constituyen una prolongación de los sistemas montañosos del norte de Venezuela, por una parte, y de la América Central, por otro. Las Antillas están constituídas por largas cadenas montañosas de una



El capitán Alton Sweeting escruta el horizonte sobre la proa del "Scapade".

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

compleja estructura, muchas de las cuales se hallan sumergidas. De ahí el peligro que nos acechaba cuando a toda velocidad surcábamos estas aguas. No solo eran los bajos fondos; sino los arrecifes que sobresalen los cuales hacen sumamente difícil la navegación por estos mares.

El martes día 4 por la mañana continuaba el mar bastante embravecido. En un aparato portátil sintonizamos distintas estaciones de radio cubanas. En la medida que avanza el "Scapade" aumenta el volumen de dos de ellas: una de Camagüey y otra de Puerto Padre. "Oye, Bambino", la pegajosa tonada italiana, nos acompaña por doquier. Aunque no sabemos exactamente por donde nos hallamos tenemos el presentimiento que nos hemos acercado demasiado a las costas cubanas. Luego sabríamos por los marinos de la goleta que nos fueron a buscar que estuvimos a cincuenta millas más o menos del litoral oriental. Erizado de barcos de guerra y aviones de patrullaje a causa de la guerra que en las montañas de esa provincia libra Fidel Castro.

Como quiera que en Andros hemos perdido gran cantidad de combustible este se halla casi agotado. A juzgar por las horas que hemos navegado ya debemos tener a la vista a Raccon Cay. El agua y la comida casi brillan por su ausencia. Todos, más o menos, comenzamos a inquietarnos. Con las cartas de navegación extendidas en el puente de mando, Eduardo, el capitán y Chomón tratan infructuosamente de orientarse. Suponemos que estamos cerca de la isla. Hay reservas en los expedicionarios. Y poco petróleo en los tanques del "Scapade". A las doce del día, detenemos la marcha. Tanto Sweeting como Eduardo llegan a la triste conclusión de que nos hallamos perdidos. Y lo que es peor, sin combustible, agua ni comida. Luis Blanca, estudiante de ingeniería, interviene con Chomón y Eduardo en el estudio de las cartas de navegación. Solo nos queda petróleo para seis horas de navegación. Varios pensamientos pasan por nuestra mente. De los más variados.

Nuestro radio no funciona. Aunque lo quisiéramos, no podíamos enviar un S.O.S. La distancia de Cuba no era posible calcularla debido, precisamente, a que estábamos perdidos. La idea de enfilar hacia el sur y desembarcar en cualquier parte del litoral de las provincias de Oriente o Camagüey pasó por nuestras mentes. A pesar de la vigilancia de las autoridades batistianas. Pero tenía un inconveniente: la posibilidad de que no alcanzara el combustible y quedáramos al garete, frente a sus mismas costas. Expuestos a ser sorprendidos por un barco de la armada cubana. De pelear lo haríamos en tierra, al desembarcar. El capitán y la compañera que nos acompañaba se hallaban dispuestos a correr con nosotros la

aventura de un desembarco; pero siempre pesaba sobre nuestro ánimo la idea de que no pudiéramos alcanzar tierra. Finalmente se decidió cambiar la ruta. Todo indicaba que no debíamos estar lejos de nuestro objetivo. Reiniciamos la marcha poniendo la aguja rumbo a este-nordeste. A las seis de la tarde, de no haber encontrado la isla, se acabaría de todos modos el petróleo.

Navegamos durante cuatro horas con la mayor angustia. Todos oteábamos el horizonte sin cesar. Con los binoculares o sin ellos. Desde la proa o la popa. A babor y estribor. En el puente de mando o parado sobre el mismo. A las cuatro de la tarde más o menos una pequeña franja larga se extiende frente a nosotros. Era una línea grisácea a veces, y otras negra que se interponía en nuestro camino. A lo lejos lucía demasiado larga, imposible que fuera nuestro objetivo; pero a medida que nos acercábamos nos dábamos cuenta que la extensa línea se cortaba en tres pedazos. Eran cuatro islotes que corrían de norte a sur frente a nosotros. Uno de esos cuatro, según las cartas, era nuestro objetivo: Raccon Cay.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

RACCON CAY

Al fin habíamos llegado. La angustia de todos, y en especial de Eduardo García, desaparece por encanto. Una embarcación con unos nativos a bordo surge a nuestra vista. Para salir de dudas le preguntamos por el islote que nos interesaba. Una vez cerciorados de cual era nos aproximamos a él. Era posible que ya hubieran llegado nuestros amigos desde Nuevitas. Y hacemos un ligero bojeo de la tierra. Raccon Cay, a semejanza de la mayoría de los cayos e islotes de las Bahamas es estrecho y largo; de una milla de largo por media de ancho aproximadamente. Sobresaliendo dos metros del nivel de las altas mareas sobre la superficie. Como todas las tierras de las Bahamas, su base es una gran meseta submarina de poco fondo. Su clima, aún durante el invierno, que se extiende desde noviembre a mayo, la convierte en un lugar dulce y apacible. Su suelo es pobre y pedregoso. Nuestra isla estaba deshabitada. En torno a ella vivían escasos nativos, sumamente hambrientos, que se alimentan de la pesca. Hace años preparaban esponjas y cogían perlas y conchas de tortugas. El ramo de las esponjas ha decaído en los últimos tiempos. Las islas Bahamas no son aptas para la agricultura, a no ser para el cultivo del henequén. En algunas de ellas con la ayuda de fertilizantes, se cultivan abundantes cantidades de tomate; que se exportan a los Estados Unidos y el Canadá. La cestería indígena, la pesca y el trabajo del carey, el corte de algunas maderas, el cultivo del sisal y la pesca de la langosta constituyen las actividades más importantes de las mismas.

En Raccon Cay conforme se había seleccionado previamente, no vivían ingleses ni nativos. Ni existe la agricultura ni las frutas silvestres. La única huella de vida que existe en el cayo es una "aguada" con un líquido bastante cristalino y una cría jíbara de carneros que pacen retozonamente en el único potrero que hay en todo el territorio.

Bajo un fuerte sol bojeamos el cayo tratando inutilmente de encontrar a nuestros compañeros. Aún no habían llegado. Pusimos proa hacia una pequeña ensenada, como a cien metros del cayo, y allí fondeamos. El capitán Alton Sweeting llevaba varios días sin pegar los ojos. Se acostó en una litera y cayó rendido.

El mayor de los embullos prevalecía entre todos los expedicionarios. Todos se calzaron sus pesadas botas, uniformes verde-olivo, cantimploras, mochilas, etc. Con el mayor entusiasmo se iban subiendo de tres en tres en el pequeño bote salvavidas que llevaba el yate. Este, con un fondo casi plano y un bamboleo con-

Faure Chomón y Enrique Rodríguez-Loeches, suben a lo más alto del yate y tratan de encontrar, infructuosamente, la isla de "Raccon Cay".

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

tinuo, iba y venía a la costa llevando expedicionarios. Tan pronto llegaban comenzaban a buscar la aguada que se nos había dicho que tenía el cayo. Julio García Olivera, mientras tanto, armaba las dos casas de campaña que llevábamos, clavaba estacas, etc. Solo desistimos de bajar Alberto Blanco, Ester Martín y yo. Cayendo la noche regresaron en el bote Rolando Cubela y Carlitos Montiel. Preferían dormir en el yate que hacerlo en tierra. Pero no amarraron la cuerda del bote en la forma debida. Algunos compañeros que vieron el primero a la deriva, desde tierra, nos avisaron a tiempo. Tuvo que despertarse el capén, levar anclas y con los potentes reflectores del "Scapade" penetrar la obscura noche hasta verlo, a lo lejos, arrastrado por la corriente. Casi media hora demoramos en alcanzarlo y de nuevo remolcarlo hasta fondear en el lugar en que lo habíamos hecho por la tarde. Al acostarnos aquella noche lo hacíamos sin una gota de agua y casi sin comida. En los tanques menos combustible que cuando llegamos debido a la persecución del bote durante más de media hora.

A la mañana siguiente el comandante Faure Chomón organiza varios grupos para salir en busca de la "aguada" y de la apetitosa cría de carneros jíbaros. Desde el amanecer hasta las tres de la tarde tratan en vano de hallar agua. Sólo encuentran un depósito de agua de lluvia estancada y sucia a más no poder. Como llevábamos pastillas de las que se usan en la guerra, que desinfectan y matan todo tipo de germen, el agua podrida de los charcos es rápidamente ingerida. La situación se hace cada vez más difícil. Chomón resolvió no buscar más, pues en la noche de este día, a más tardar, deberían llegar nuestros compañeros de Cuba. Decidimos entonces probar algunas de las armas, principalmente el rifle antitanque que traíamos. Así se hace. El eco de los disparos retumbaban en todo el cayo. Después de las prácticas de tiro Eduardo García Lavandero, haciendo de cocinero, nos prepara la última comida que nos quedaba. El ambiente entre los expedicionarios se torna irritante. El buen humor y camaradería de los primeros días se agría. Muchos siguen enfermos, como Julio García y Carlos Figueredo. El crepúsculo nos va envolviendo lentamente. Los últimos compañeros citados se disponen a remar hasta el yate para dormir en él. Yo pienso lo mismo; pero Rolando Cubela y Raúl Díaz Arguelles ya se han subido al bote. El último me promete volver por Figueredo y por mí después que deje a Rolando y Julio en el "Scapade". El Chino Figueredo y yo quedamos a la orilla de la costa viéndolos marcharse. El mar se ha picado y reman con dificultad. Va cubriendo la noche todo el panorama y ya no los vemos. Chino arde en fiebres. Esperamos en vano. Pasa el tiempo y no regresa Rau-

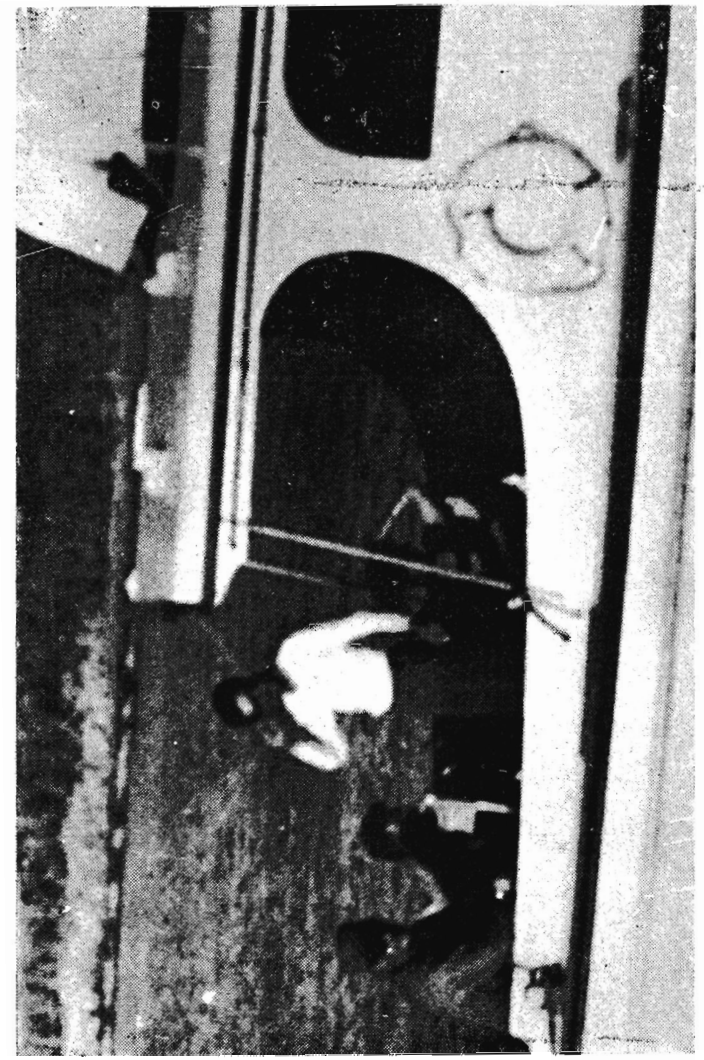


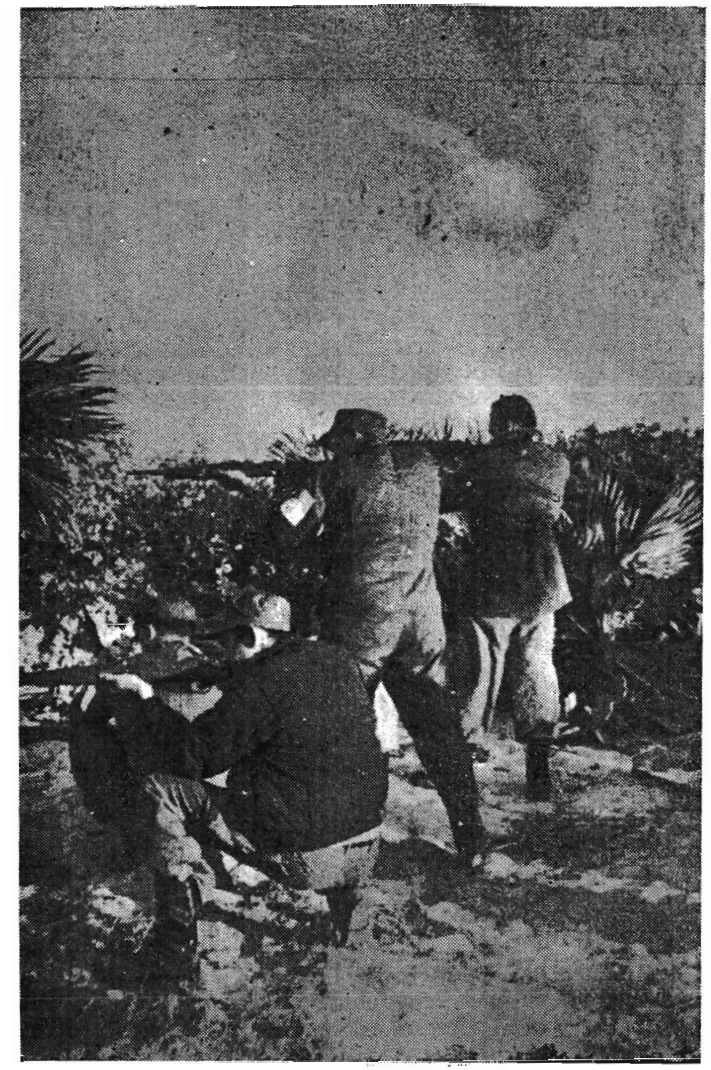
Foto tomada al yate "Scapade" después de anclar en "Raccon Cay". De izquierda a derecha aparecen sentados Carlos Montiel, el capitán Alton Sweeting y Ester García. De pie Guillermo Jiménez. Al fondo la vegetación de este islote de las Bahamas.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

lito. Nos cansamos de esperar y subimos al pequeño montículo en que se han levantado las dos casas de campaña. A mi me extrañó no ver a los compañeros abordar la popa del yate; pues un foco potente en la misma permitía ver claramente desde tierra la llegada de los mismos. Pero pensé que, a causa del mar picado, ya habían llegado, sin que los viéramos, y que Raulito nos había dejado en tierra. Nos acostamos a dormir con esa idea.

Mientras el Chino Figueredo y yo aguardábamos en la costa por el regreso de Raulito en el bote tenía lugar esta escena: Con la llegada de la noche una fuerte corriente se producía desde tierra hasta mar afuera. No obstante ser buenos remeros Cubela y Díaz Arguelles, la corriente desviaba el curso del bote y los alejaba, al mismo tiempo, del yate y del cayo. Comenzaron a llamar al capitán y el aire se llevaba la voz sin que en el "Scapade" nadie los pudiera oir. Lo mismo que en el cayo, donde todos ya dormíamos. Cubela y Raulito discutían sobre la forma de llegar al yate. El último se mostraba vivamente disgustado. Julio, con fiebre alta, trataba de evitar las discusiones pues la noche se les encimaba y cada vez se alejaban más de su destino. Parecía que el pequeño bote zozobraría. Y considerando que muy poco se podía ya hacer, el último comenzó a rezar. Todo indicaba que el mar se los tragaría. El bote no les respondía. Pero vieron que el cayo tenía una lengüeta de tierra, y hacia ella decidieron remar. No contra la corriente; pero tampoco a favor de ella. Milagrosamente llegaron a otra pequeña ensenada en que las olas no dejaban pisar tierra sin peligro de estrellar la embarcación contra las rocas. Se decidió que sólo Julio alcanzara la costa y así se hizo. Caminó de noche más de treinta minutos, medio perdido, hasta llegar al campamento nuestro. Sin zapatos y con los pies y piernas destrozados a causa de las zarzas y los diente-perros sobre los que tuvo que andar. Su llegada pareció ser la de un fantasma. Hacía más de una hora que todos dormíamos en el campamento. Les gritamos a los del yate y, al igual que la noche anterior, salieron en busca del bote. Esta vez con dos compañeros a bordo que estuvieron a punto de ahogarse. Aquella noche volvía a dormirme con los más negros presagios.

A las ocho de la mañana del siguiente día somos despertados por los gritos que desde una embarcación profiere Tabo Machín. Inmediatamente éste se une a nosotros y así nos enteramos que desde la noche anterior habían llegado y fondeado muy cerca de nosotros, por otra parte del Cayo. Nos explica que Garrido no pudo ir a buscarnos en su yate; pero que lo puso en contacto con los pescadores que lo acompañaban. Había llegado en una goleta de



Cuatro expedicionarios pruebas las caarbinas italianas en 'Raccon Cay". Agachados: Raúl Diaz Arguelles y Tony Castell. — De pie: Enrique Rodríguez Loeches y Faure Chomón.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

70x15 pies llamada "San Rafael", propiedad del pescador Rafael Fonseca. Este era un cubano idealista y trabajador que ya en otras ocasiones había colaborado con la causa de la insurrección cubana. Hasta el punto que era vigilado por las autoridades del puerto de Nuevitas. Por eso no pudo venir en nuestra busca. Cuando Garrido y Tabo Machín le dijeron que había que partir la "San Rafael" se hallaba varada y en plena reparación. Esto no fué dificultad, pues en cuestión de horas se pintó el fondo del barco y se le aprovisionó con las seis toneladas de lastre necesarias para hacerse a la mar. Habían partido de noche para evitar que los prácticos del puerto registraran la salida. Consigo traían ciento treinta y dos quintales de hielo en bodegas para conservar los alimentos que acabábamos de recibir. Además los tanques de combustible hinchados de petróleo. Los once depósitos con capacidad para 55 galones cada uno estaban llenos. Con ellos podrían regresar los del "Thor II".

Pronto los expedicionarios nos trasladamos a la goleta, donde nos sirvieron un opíparo desayuno. Todo el material que teníamos en el cayo fué trasladado a la misma en un abrir y cerrar de ojos. Después las dos embarcaciones se juntaron para iniciar el trasbordo de las armas, que duró varias horas. Mientras tanto Rolando Cubela y dos tripulantes del vivero partieron en busca del potrero donde se hallaban los carneros. Cuatro horas después regresaban con un enorme y peludo animal que fué en el acto descuartizado.

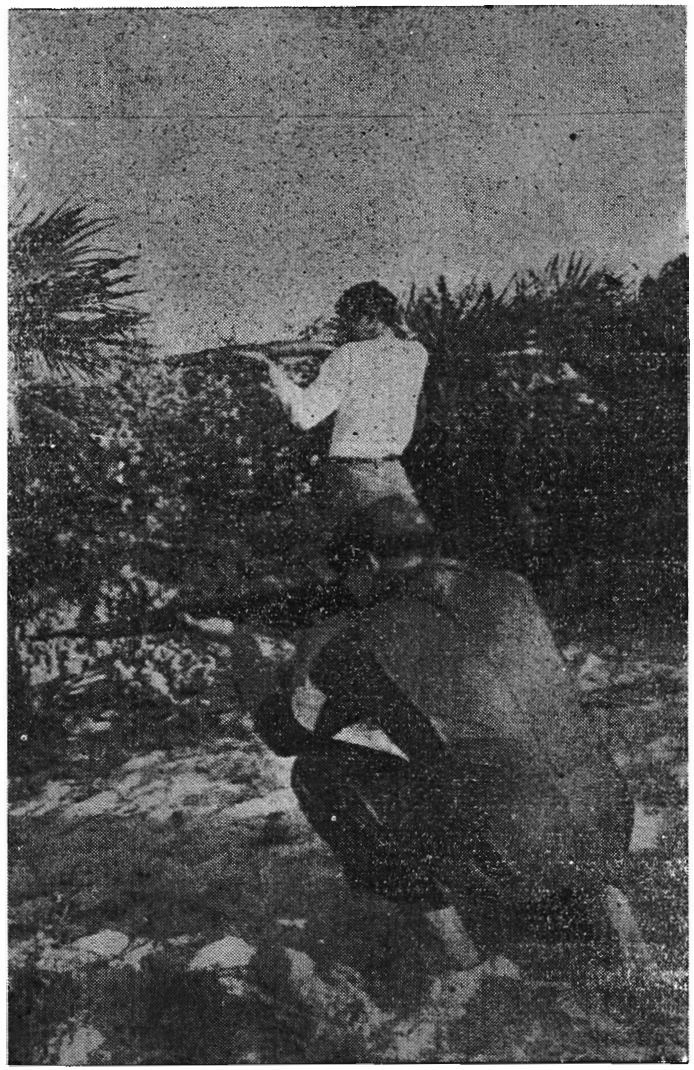
A la caída de la tarde Enrique Valdés, patrón de nuestra nueva embarcación, da la orden de partir. Ya los depósitos del "Thor II" —o "Scapade"— se hallan debidamente repletos de petróleo. Se acerca un vivero de matrícula cubana y no conviene que nos vean y mucho menos al lado de un yate de bandera yanki. Nos despedimos de los únicos tres pasajeros con los que regresa el yate a Miami: El capitán, Ester Martín y Pepín Naranjo. Y abandonamos Raccon Cay con el objeto de fondear en otro cayo cercano donde pasar la noche. Había que esperar 24 horas antes de partir rumbo a Nuevitas. En este lugar teníamos que estar el día 8 a las nueve de la noche.

Al siguiente día nos movemos por diversos cayos de las Bahamas. Algunos están habitados. Numerosos botes de vela con nativos se nos acercan. Y nos piden de cuanto se les ocurre: uno cuchillo, una cuerda, un poco de azúcar... Estos hombres carecen de lo más elemental. Nuestro propósito es esquivar a otros viveros como el nuestro, procedentes del mismo puerto de Nuevitas, cuyos patronos y tripulantes son amigos de Enrique Valdés, o de su hijo,

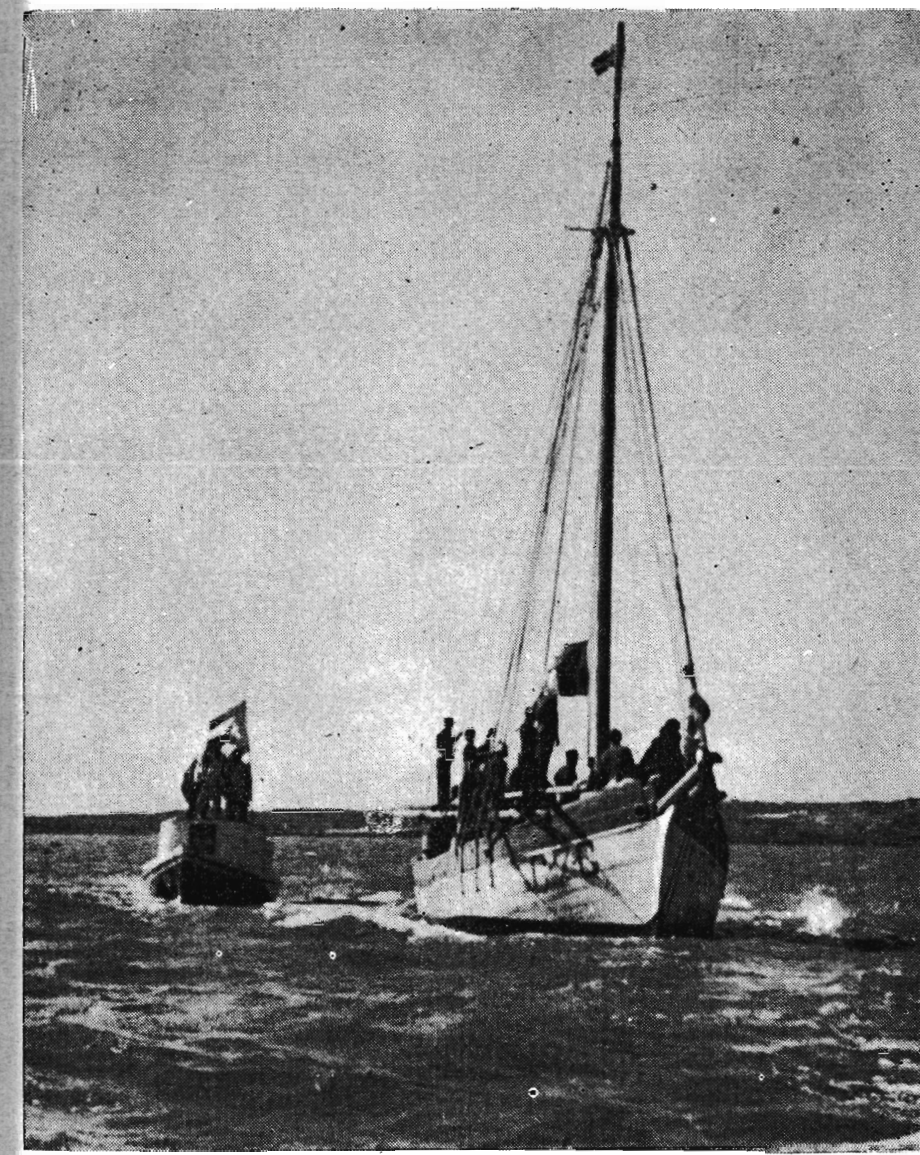
Joaquín. O de algún otro tripulante de la "San Rafael", como Mario Pérez, Ernesto Fonseca, Abilio Hurtado o Carlos Hernández. Todas estas embarcaciones se dedican a la pesca de cherna por los cayos aledaños a nuestro país y llegan a veces, como vemos, hasta estas posesiones inglesas. Al tiempo que nos movemos de uno a otro lugar de la "cayería" vamos intimando y estrechando la más fuerte camaradería con Enrique Valdés y los tripulantes de nuestro nuevo barco.

En el almuerzo comimos la carne del rico carnero que Cubela había matado en Raccon Cay. En la tarde desembarcamos en una preciosa playa de finísima arena y bellísimas conchas. Eduardo García, que no olvida un instante a sus hijos, recoge varias de estas conchas para llevárselas. Cerca de la playa hay una "aguada". Aprovechando su dulce agua, nos afeitamos y bañamos. En los momentos en que el sol, como una inmensa bola roja, se hundía en el mar, subimos a bordo. El radio estaba dando un parte meteorológico del Observatorio Nacional, en el cual el Comandante Millás anunciaba la llegada de un "norte" más en la temporada de invierno.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Teniendo por fondo una tupida vegetación de uvas caletas los Comandantes Raúl Díaz Argüelles y el Director del periódico "Combate", Guillermo Jiménez, hacen blanco en una idana improvisada en "Raccon Cay".



A la derecha aparece la goleta "San Rafael", que condujo la expedición desde las Bahamas hasta la bahía de Nuevitas. — A su lado el yate "Yaloven" el cual condujo la noche del 8 de febrero de 1958 a los expedicionarios hasta la playa de "Santa Rita".

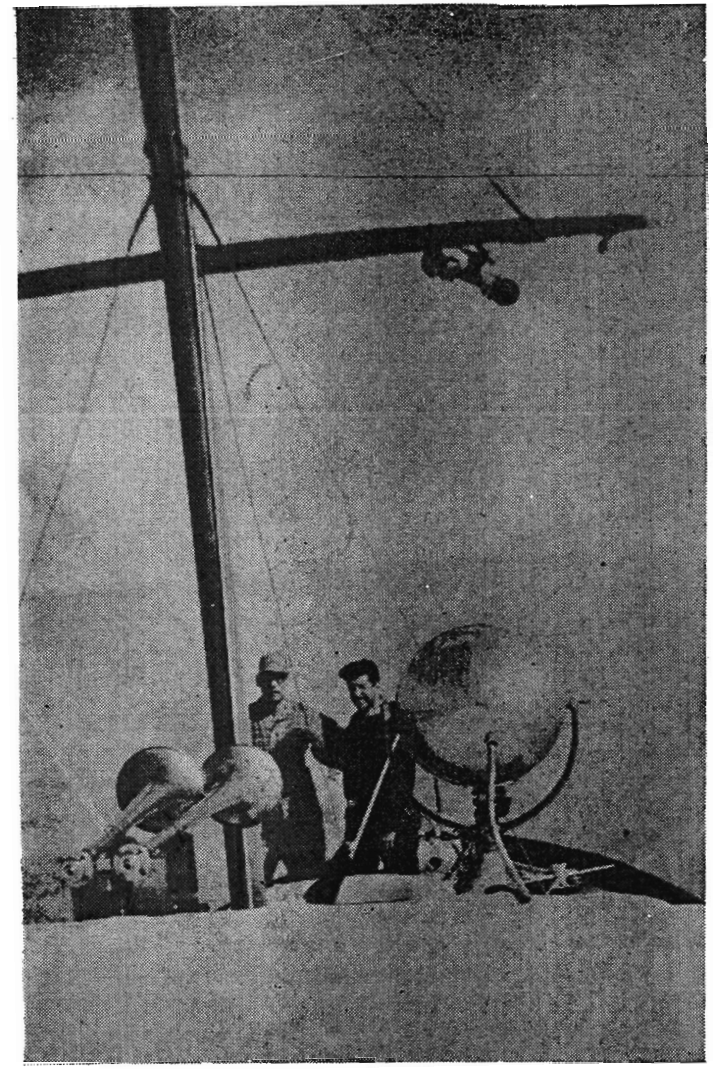
Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

HACIA CUBA

A las doce de la noche el patrón de la "San Rafael", un hombre alto, fornido, de grandes ojos verdes y curtido por el sol emprende el viaje hacia Cuba. No hemos avanzado siquiera cinco millas y una enorme turbonada acompañada de abundante agua y fuertes vientos nos zarandea a su antojo en medio del mar.. El barco baila como una cáscara de nuez. No hay un solo rincón a bordo a salvo de la lluvia o de las olas. Es una noche infernal. Todos estamos empapados y tiritando por el frío.

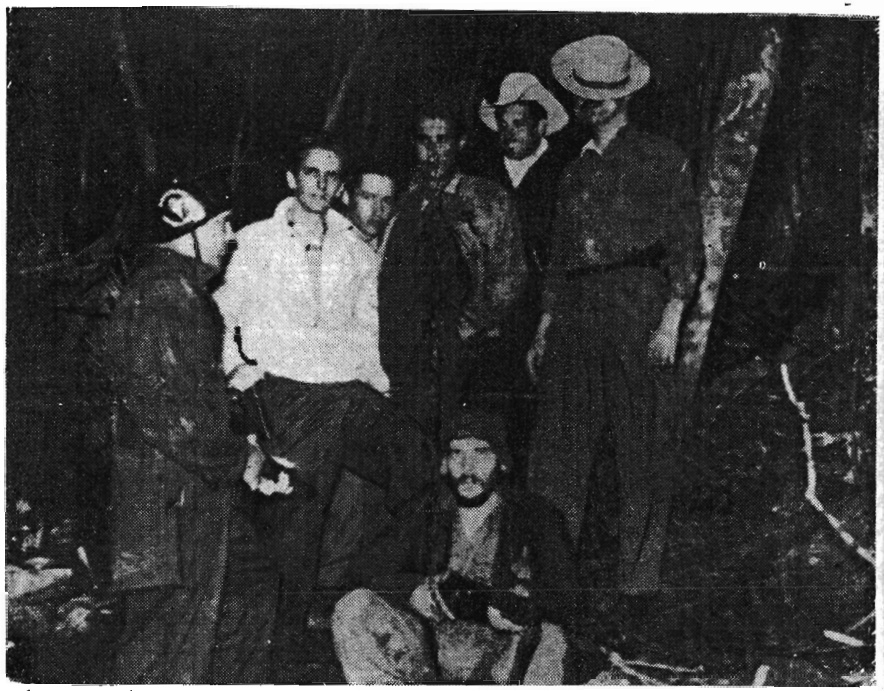
Amanece sin llover; pero las olas baten el vivero por uno y otro lado. Es un día gris. Una mañana invernal. Con fuerte oleaje y mucho movimiento. Tratamos de almorzar un poco de carnero que todavía queda. Pero en el plato, con la carne, hay una ración de agua salada que durante todo el trayecto ha ido cayendo en el caldero. La nave, bailando sobre las olas, continúa impertérrita su rumbo: Sur-suroeste. Estamos cerca de Cayo Lobo. Y por aguas no distantes de Cayo Confites. Esto me hace recordar aquellos sesenta días de calor, hambre y sed, once años atrás, en que mil doscientos cubanos y dominicanos nos entrenábamos para marchar hacia Santo Domingo a luchar contra el tirano Trujillo.

A la una del día divisamos en el horizonte una fragata de la marina de guerra cubana. El patrón ordena que todos nos escondamos en dos pequeñas literas de la popa. Julio García, Guillermo Jiménez y yo, que no cabemos, nos metemos en un hueco, junto a las cajas de municiones, que hay debajo de la proa. Cuando uno de los tripulantes cierra la tapa del hueco nos quedamos absolutamente a obscuras. En la proa el movimiento de la embarcación se acentúa mucho más. Y comienza a pasar el tiempo. Aparte de la obscuridad apenas hay ventilación. A veces me parece que nos asfixiaremos. Los minutos nos parecen horas. Cada dos de ellos, inexorablemente, la "San Rafael" hunde la proa en el mar y sendos chorros de agua se cuelan por dos rendijas que hay sobre nosotros, A pesar de los jackets, el frío y el agua nos calan hasta los huesos. Y encima de todo ello la incertidumbre de lo que estaba pasando afuera: ¿seguiría su curso la fragata?, nos preguntábamos. ¿Nos haríamos sospechosos? Y como ésta mil preguntas más. Cuando al cabo de una hora se destapó el hueco y de allí salimos, nos parecía que habíamos permanecido cinco horas y no una. Los tres estábamos enchumbados. Y sin ropa para cambiarnos. La fragata "Antonio Maceo", de recorrido, había pasado a sólo unos metros de nuestro lado sin sospechar la carga humana y el equipo bélico que llevaba aquel inocente barco pesquero.



Julio García y Eduardo García Lavandero son sorprendidos mientras platican animosamente sobre la próxima llegada a tierras cubanas.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm



Al día siguiente de escalar la sierra de "Banao" se tomó esta foto. Sentado con un Garand aparece R. Salas. De pie: Rolando Cubela, mostrando orgulloso un casco con la insignia del Directorio; Luis Blanca, Gustavo Machín, Faure Chomón, Eduardo García Lavandero y Ramón Pando. — Este se cubre el rostro con el sombrero para no ser reconocido. Días después cayó en poder del enemigo quien lo asesinó tras bárbaras torturas.

Sobre las tres de la tarde comienza débilmente a salir el sol. Dos o tres chubascos ya han matizado la mañana y mediodía. Nos secamos un poco a la intemperie. Una hora después una honda emoción nos embarga a todos. Se ve tierra a lo lejos. Camagüey.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

DESEMBARCO EN SANTA RITA

Ver tierra cubana nos llenó de emoción. Ahora comenzaban los peligros mayores. Un incierto porvenir nos aguardaba a todos. Habíamos prometido a nuestros compañeros cuando partimos hacia el extranjero que volveríamos y ya estábamos de regreso. Con un cuantioso equipo bélico logrado a costa de muchos sacrificios, hambre, riesgos, etc. Del grupo de expedicionarios que veníamos para Cuba el que más tiempo llevaba fuera era Carlos Montiel. Y no llegaba a los dos años. Jimenito llevaba tres meses. ¿Que nos aguardaba en la costa al desembarcar? ¿Se hallaría bien sincronizada la operación con los de tierra como afirmaba Tabo Machín? ¿O nos veríamos en el caso de pisar tierra bajo el fuego como tuvieron que desembarcar los expedicionarios del "Granma" en Playa Colorada? Esas y mil preguntas más por el estilo nos asaltaban a todos aunque nadie lo dijera.
Llevábamos diez y seis horas navegando. El sol se iba poniendo en el horizonte. Estábamos acercándonos al "cañón", como llaman los marinos a la boca de entrada del puerto de Nuevitas. Fuertemente custodiado por fuerzas de la tiranía. Enrique Valdés nos hizo volver de nuevo bajo cubierta. Nuestra entrada debía producirse sin tropiezo alguno, pues el destino de las armas era Habana y el Escambray. No Camagüey.

Nos hallábamos bajo cubierta al hacer la entrada en la grandiosa bahía de Nuevitas. Que es una de las mayores de Cuba. Mide entre 5 y 15 km. de ancho. Y tiene 30 de largo. Su canal de entrada, estrecho y profundo, permite navegar a barcos de gran calado. Se extiende 9 kms. En esta bahía hay 3 cayos llamados por sus habitantes "ballenatos". La ciudad se halla a 16 kms. de la entrada de la misma.

Una vez que hubimos rebasado el "cañón", con la complicidad de la noche, subimos de nuevo a cubierta. A las ocho menos cuarto llegamos al lugar de la cita, que era a un costado del "ballenato grande". Uno de los 3 cayos que existen en el puerto. A las 8 debían esperarnos allí Armando Garrido y otros compañeros. Al llegar nosotros no estaban. Cada minuto que pasaba parecía un siglo. A las y cuarto nos movimos de lugar y regresamos. A las 8 y media por vez primera vi impaciente al patrón. Chomón pensó, inclusive, en la posibilidad de un desembarco sin esperar más. O enviar a un hombre a tierra. Podía darse el caso que estuvieran presos por algún motivo. En el vivero todos estábamos alerta, sospechando una emboscada. Pero no fué así. A las nueve menos cuarto, al cumplirse una hora exacta de espera, apareció el yate

"Yaloven", de 26 pies de largo por ocho de ancho, trayendo a Armando Garrido y sus cuatro tripulantes: Eney y Edid Mederos, Luis Paneca y el patrón José Antonio Manresa. El trasbordo se hizo a una velocidad increíble, pues nos hallábamos en un lugar sumamente peligroso, casi a la vista de las autoridades de la tiranía. Al igual que hicimos tres días antes con el bravo capitán Alton Sweeting, un nuevo abrazo selló nuestro agradecimiento a Enrique Valdés y su valiente tripulación. Con la "Yaloven" abarrotada de hombres y equipo bélico partimos los expedicionarios por el medio de la bahía de Nuevitas. Era tanto el peso que estábamos a punto de hundirnos. Cruzamos a menos de trescientos metros de la fragata "Antonio Maceo", que horas antes habíamos avistado en alta mar. Hasta que al cabo de 45 minutos de navegación llegamos a un pequeño muelle en la playa y caserío de "Santa Rita", en plena bahía de Nuevitas.

A las diez de la noche del sábado 8 de febrero de 1958 pisamos tierra cubana. Si bien el trasbordo para el yate lo habíamos hecho en poco tiempo, el desembarco no pudo hacerse igual. Era un muelle largo y estrecho, no muy fuerte, sobre el cual íbamos y veníamos llevando en los hombros armas y municiones. Muchos nos hallábamos mareados. Custodiábamos el desembarco para evitar una sorpresa. Este se hacía en medio de un caserío. Muchas de las casas se hallaban vacías a causa del fuerte frío que en esos meses estaba haciendo. En el verano hubiera sido muy difícil hacerlo. Desde las diez de la noche hasta pasadas las doce se estuvieron desembarcando las armas y situándose en un camión de leche, perfectamente camouflageado, que a la mañana siguiente las llevaría hasta la ciudad de Camagüey. Todos los vecinos dormían, excepto los familiares de los compañeros que nos ayudaban a realizar el desembarco. Fueron dos horas de profundo silencio de nuestra parte. Solo se oía el pisar de nuestros pies en el ir y venir continuo desde el muelle hasta el camión. La noche era clara. El perro del vecino del embarcadero donde nos hallábamos no dejó un solo instante de ladrar. Milagrosamente su dueño no se despertó.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Grupo de combatientes en las lomas villareñas. Entre otros: Eduardo García Lavandero, Luis Blanca, Ramiro "Camajuaní", Alberto Blanco, Efreín Mur.

DESDE NUEVITAS A ESCAMBRAY

Desde la noche del día 8 que desembarcamos en la playa de Santa Rita, hasta el día 13 que llegamos a las montañas villareñas lo pasamos en la provincia de Camagüey. Como vimos anteriormente el desembarco se produjo con toda felicidad. En el camión de Andrés Calavé se situaron las armas, debajo de las botijas de leche. En casa de unos familiares de este último, en el propio caserío, estuvimos un instante. Luego fuimos trasladándonos en distintos grupos hasta la población de Nuevitas. Excepto Alberto Blanco y Chino Figueredo que pasaron aquí la noche para acompañar al camión a la mañana siguiente rumbo a Camagüey. Chomón, Eduardo, Montiel, Machín, Blanca, Cubela, Tito García y yo dormimos aquella noche en Nuevitas, en la casa de Armando Garriga. La esposa de Guillermo Fernández, antes de dormir, nos puso a todos un escapulario. Fuéramos o no católicos o religiosos.

Nuevitas es un pueblo eminentemente marinero. El primer núcleo de población que surgió junto a su bahía fué la villa de Santa María de Puerto Príncipe. Mandada a fundar por el conquistador, Diego Velázquez el año 1515. Trasladada luego al interior. no volvieron nuevos habitantes a la misma hasta el siglo XVIII. Posteriormente, en 1828, quedó establecida su sede actual con el nombre de San Fernando de Nuevitas. La ciudad se halla situada en la ladera de una colina en cuya parte más alta está la plaza central. Su población presente casi llega a los 40,000 habitantes. Posee una intensa actividad marítima. Es el mayor puerto exportador de azúcar del mundo.

A las 10 de la mañana del domingo partimos rumbo a la ciudad de Camagüey. Los setenta y seis kilómetros que cubren esta carretera no muy buena fueron recorridos en hora y media. No negamos que en la mayor tensión. Algunos nos aseguraban que en los puntos intermedios: Lugareños, Minas y Altagracia el ejército registraba todo vehículo que pasara por allí. Otros compañeros decían que los chequeos se efectuaban en la carretera a partir de las seis de la tarde, no durante el día. De ahí que todos nos trasladáramos el domingo hacia el interior de la provincia. Quien primero pasó, sin ninguna novedad, fué el camión con las armas. Como hacía todos los días al amanecer.

Un automóvil que iba delante del nuestro fué detenido frente a un cuartel de la guardia rural que se halla al borde de la carretera. Al ver aquello preparamos nuestras armas. No podíamos dejarnos siquiera registrar. Llegando al sitio donde la pareja de sol-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

dados aguardaba, lejos de pararnos, nos hicieron señas para que continuáramos. Al ver cinco personas en el auto pensaron, seguramente, que se trataba de uno de los coches de alquiler que en número considerable hacen su recorrido por esta vía.

Al llegar a la ciudad de Camagüey nos separamos. Luis Blanca y yo nos quedamos en la casa del médico Manuel Sorí Marín. Rolando Cubela y Tabo Machín, muy cerca de nosotros, en la residencia del Dr. Jorge Marrero. El resto de los compañeros se esparció por el resto de la ciudad. En las casas del Dr. Moncada, de sus hermanas, y en el domicilio de Guillermo Fernández Montiel, Chomón y Eduardo se fueron con la familia Garrido. Después de ocho días de navegación, en lucha perenne contra los elementos naturales, permanecimos cuatro días en esta ciudad en espera del momento de partir hacia las montañas.

Como se sabe, la ciudad de Camagüey tiene una gran extensión superficial. Los orígenes de esta capital provincial se remontan a la época de los aborígenes. Su propio nombre: Camagüey, es una voz nativa. Cuando los colonizadores abandonaron su primer establecimiento en el puerto nueviteño, huyéndole de los posibles ataques de corsarios y piratas, se asentaron en este poblado indígena. Pero a pesar de ello el pirata inglés Henri Morgan arrasó en 1688 con esta ciudad. Llamada entonces Puerto Príncipe. La villa cobró suma importancia política al implantarse en la misma la Real Audiencia que funcionaba en la vecina isla de Santo Domingo. Al abandonar España esta última en el año 1800. Desde los primeros movimientos insurreccionales por la independencia Camagüey respondió presente. Como ahora volvía a hacer en la lucha contra la tiranía de Batista. Su numerosa población —200,000 habitantes— se asienta en el municipio más grande del interior de la República. Hasta el extremo de llegar al litoral de las costas norte y sur de nuestra isla. Es fuerte su industria azucarera y mucho más su riqueza ganadera.

Camagüey tenía numerosas ventajas para los hombres del Directorio Revolucionario. Desde la fundación de nuestro organismo contamos en la misma con hombres de larga historia de luchas por la independencia y adecentamiento de nuestra Patria. Raúl Fernández, dentista en Florida, había librado sus primeras luchas al lado de Julio Antonio Mella en contra de la dictadura de Machado. Alberto García fué tenaz opositor al tirano Batista desde la época de su primera dictadura. El ejemplo de Reinaldo León Llera, inmolado frente a los muros del Palacio Presidencial el día 13 de marzo del año anterior, era estímulo y acicate a la hora de la lucha.

Aún los rostros permanecen lampiños. Escasos rayos solares penetran en la tupida vegetación de los bosques del Escambray. En la foto aparecen: William Morgan, usando boina negra, al centro. Detrás, de izquierda a derecha: Enrique Rodríguez-Loeches, Faure Chomón, Eduardo García Lavandero, Faure Chomón, Eduardo García Lavandero, Armando Fleites y Luis Blanca.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Estos compañeros, unidos al líder ferroviario Guillermo Fernández y el abogado Eduardo Castillo fueron pioneros en la fundación del Directorio Revolucionario en la región de Ignacio Agramonte. Además de todo ello, Faure Chomón se había criado en la capital de la provincia y toda su familia, incluyendo sus padres, vivían en ella.

El mismo día que llegamos a Camagüey comenzaron a partir hacia la Habana los compañeros que no subirían al Escambray. Sin saberse el origen, por la ciudad corrió la noticia de que en la misma había un grupo de revolucionarios. Y si a eso unimos el recrudecimiento del sabotaje por parte de elementos del Movimiento 26 de Julio, podrá comprenderse que nuestra estancia en la ciudad de los tinajones coloniales no fué todo lo apacible y reposada que hubiéramos deseado. Al fin se dispuso la distribución de los equipos bélicos. Se separaron los que irían para la Habana de los que llevaríamos al Escambray. Para la primera enviamos treinta y tres ametralladoras Thompson; una calibre 50; dos calibre 30 (de aviones adaptadas para bipodes); dos rifles antitanques calibre 55; una escopeta calibre 12 recortada; un M-3; dos M-1; un rifle Winchester y un Browning Automatic Rifle (B.A.R.) y en cuanto a parque: 300 tiros calibre 55 para los rifles antitanques; 2,000 calibre 30.06 y varios millares calibre 45. También les enviamos varias granadas.

Al Escambray nos acompañarían: 50 carabinas italianas; dos ametralladoras inglesas marca "Stern"; una Thompson; dos M-3; dos Springfield; un Garand; un M-1 y cinco rifles Remington semiautomáticos con miras telescópicas. En cuanto a municiones llevábamos: once mil tiros calibre 7.35 para los rifles italianos; dos mil para los M-1; dos mil calibre 30.06 y cinco millares calibre 45. Y además: 3 aparatos intercomunicadores (Walikie-Talkie); 65 uniformes; 3 tiendas de campaña; cantimploras, mochilas, nylons, cuchillos, linternas, etc.

Justo es consignar el aporte valioso y la inestimable colaboración que en el movimiento y distribución de equipos nos prestaron los siguientes compañeros: Florencio González, Tranquilino Martínez, Adolfo Mora, Tony Bastidas y Cayuco Fariñas. Y Sergio Valle, el avileño callado, responsable y valeroso, uno de los pilares más firmes con los que contó siempre la organización.

En la tarde del jueves 13 de febrero nos preparamos para partir rumbo a las montañas de Escambray. La distancia entre Camagüey y las lomas de Banao, por donde subiríamos, era aproximadamente 190 kms. Atravesaríamos cuatro poblaciones importantes: Florida, Ciego de Avila y Jatibonico, en la provincia de Camagüey; y Sancti Spíritus dentro de la provincia de Las Villas. Igual

que hiciéramos cuando fuimos desde Nuevitas hasta Camagüey, el vehículo que llevaría las armas iba en primer término. Detrás el resto de los compañeros que nos dirigíamos a la cordillera villareña. Viajaríamos a prudencial distancia no fuera ser que el convoy se hiciera sospechoso a las autoridades. Haríamos una parada en Jatibonico, donde nos esperarían los insustituibles Ramón Pando y Piro Abreu. Ellos nos advertirían de la situación que prevalecía en la zona a recorrer en torno a Sancti Spíritus. A las cinco de la tarde salimos de Camagüey, tras emocionante despedida de las damas e hijos de las familias que nos habían dado albergue. El automóvil en que yo iba lo manejaba Luis Blanca. A su lado iba Tabo Machín. Detrás Rolando Cubela y yo. En el piso de los asientos traseros, descubierta, una ametralladora Thompson. Ningún expedicionario podía entregarse vivo. Tan pronto rebasamos el regimiento de la ciudad de Camagüey, paso obligado para salir de la población, Blanca imprimió velocidad al automóvil. Todos nos aseguraban que a partir de las seis de la tarde se iniciaban los registros de cuanto vehículo pasaba por las carreteras de la isla. La guerra civil se ha extendido por todo el territorio nacional. Un tranque en la ciudad de Florida nos hace retrasarnos más de lo pensado. Al pasar por Ciego de Avila una pavorosa ametralladora calibre 30 guarda la entrada del cuartel, que está al borde de la carretera central. Era de noche cuando llegamos a Jatibonico. A la entrada del pueblo, nos apeamos en un café; e hicimos contacto, en un garage situado al lado, con el resto de los compañeros. Y los que habían venido a esperarnos desde Sancti-Spíritus. Los treinta kilómetros que nos separan de esta última villa los atravesamos de noche. Lentamente cruzamos sus calles coloniales. Algunas con cuatrocientos años de construídas. Avanzamos ocho kilómetros por la carretera que une a Sancti-Spíritus y Trinidad. Nos detuvimos. Habíamos llegado.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

LLEGADA A LA SIERRA DE BANAO

Eran las nueve de la noche del día 13 de febrero cuando llegamos a nuestro objetivo. Llevábamos las armas en un camión con arena por encima. Ramón Pando, el joven que en Jatibonico se nos unió decidió quedarse unos días con nosotros. Era viajante de medicina, presidente de los estudiantes de Ciencias Comerciales de la Universidad Central de Las Villas y Secretario General del Directorio Revolucionario en dicha provincia. Con Villegas, había sido pionero en la apertura y sostenimiento de un bastión de lucha en el Escambray. Después de apeadas las armas del camión y los hombres de los automóviles, custodiados por un grupo de barbudos que nos esperaban, se produjo gran espectación al escapársele a Pando un tiro de su "Garand". Disipada la inicial confusión emprendimos la marcha.

El grupo de expedicionarios que acabábamos de llegar marchamos con Darío Pedrosa a un campamento situado a 10 kms. de la carretera llamado "Loma de Cangalito". Casi todo el recorrido lo hicimos por trillos y caminos bastante buenos. Llegamos al amanecer. Era una noche húmeda y fría. La lluvia apenas nos dejó dormir. Nos hallábamos en las estribaciones de la Sierra de Banao.

Esta última se halla situada en las alturas de Sancti Spíritus, formando parte de la subregión de Trinidad-Sancti Spíritus. Que se extienden al sur de Las Villas. Las lomas de Banao constituyen la parte oriental del grupo Guamuhaya, como las llamaban los aborígenes y se elevan a 850 ms. sobre el nivel del mar. Se encuentran al S.O. de la ciudad de Sancti Spíritus, entre las cuencas del Agabama y el rio Zaza. Es una sierra bastante escabrosa que contiene muchas cavernas y curiosidades naturales. Igual que el resto del macizo montañoso Trinidad-Sancti Spíritus, que es recorrido por un intrincado sistema de drenaje que forman valles tortuosos, en forma de V, con laderas pendientes y pedregosas; aunque a veces suaves. La economía de esta subregión, sin embargo es de las más balanceadas de la República. Nuestros principales renglones agrícolas se dan en esta zona: azúcar, ganado, café y tabaco. En Sancti Spíritus se halla el segundo núcleo ganadero de Cuba y la primera cuenca de producción lechera. En las montañas de Trinidad está la segunda zona cafetalera de la isla. Sancti Spíritus es el tercer término productor de frijoles y el décimo de arroz en la República. Calabazas, yuca, malanga, etc., salen de esta zona para la capital. Aunque los suelos de sus valles son fértiles, el sistema montañoso —como antes decíamos— es sumamente escabroso. No obstante ello, abundan los árboles maderables como la caoba y la majagua.

Otros, propios de bosques altos y húmedos, como el cuajaní y macagua. Además, son característicos de esta región los helechos arborescentes que alcanzan a veces 12 ms. de altura. Y plantas propias de terrenos calcáreospedregosos, erizados de espinas como el "tocino" y la "ayúa". Y un arbusto espinoso llamado "gía". Amén de zarzas y ortigas que al caminar entre ellas desbaratan las ropas y rasgan las carnes.

Las poblaciones más importantes enclavadas en este macizo, aparte de las citadas anteriormente, son Fomento y Casilda. En torno a la primera muelen sus cañas los centrales "Santa Isabel" y "Escambray".

Al siguiente día de llegar al campamento de "Lomas de Cangalito" el frío y una impertinente llovizna no dejaban un instante de sentirse. Hicimos un desayuno-almuerzo que preparó Eduardo y al atardecer, con Efrein Mur y 'Lucifer" Ortega como guías, emprendemos la marcha cuatro de nosotros hacia otro campamento. Donde la noche anterior habían sido llevadas las armas. Si bien no estaba lejos del lugar donde nos encontrábamos, la marcha fue en extremo penosa. Mientras caminábamos —con alguna luz del día— todo marchó bien; pero al caer la noche todo fueron tropiezos. Era una pesadilla. Subímos y bajamos lomas sin cesar. Ladeamos montañas y anduvimos entre cañadas secas. Nos detuvimos en dos bohíos deshabitados. Al hallarnos en las crestas de las montañas veíamos a lo lejos las luces de Sancti Spíritus. Más acá el ir y venir de los faroles de los jeeps del ejército tendiéndonos emboscadas. Los guías no querían admitir que se hallaban perdidos hasta que, de pronto, un negro abismo se abría ante nuestros pies. Nos hallábamos en un malangal. En la ladera de una montaña. Decidimos permanecer allí hasta que clareara y durante hora y media descansamos más que dormimos. Con los primeros rayos del alba nos percatamos del peligro que corrimos la noche anterior. De nuevo iniciamos la marcha pero no nos enrumbamos hasta que Ortega, cual ágil felino, trepó hasta el tope de un árbol y halló la dirección correcta. Apresuramos la marcha para evitar cruzarnos con los soldados que, por esa época, campeaban por sus respetos en esas lomas. Situadas a menos de 15 kilómetros de Sancti Spíritus. Tras dos horas de camino llegamos finalmente al campamento del "Cacahual". Eran las siete de la mañana.

Este último lugar, a diferencia del anterior, estaba muy bien protegido. Se hallaba en la cima de un grupo de montañas bien abrigadas por altos árboles. Para llegar al mismo había un intrin-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

cado camino desde el llano. Siguiendo el curso de un arroyo, cuya débil cascada bajaba desde lo alto. En este campamento habíanse construído tres casas bastante confortables con pencas de guano. El numeroso equipo que habíamos traído desde Miami se hallaba bien protegido. No sólo las armas sino las hachas, casas de campaña, frazadas, etc. Todo este día se lo pasó lloviendo. Hicimos una comida: yuca con carne de caballo. Y al anochecer llegaron, enchumbados, el resto de los compañeros: Tabo Machín, Alberto Mora, Chomón, Eduardo García Lavandero, Luis Blanca, Cubela, Alberto Blanco...

CHOQUE EN EL "CACAHUAL"

El 17 fué un día caldeado en la zona situada en torno a Sancti Spíritus. Un compañero que había bajado la mañana anterior a la ciudad con un mensaje fué sorprendido, y sólo pudo escapar después de poner fuera de acción a los dos esbirros que lo venían siguiendo. A media mañana nos hallábamos reordenando el equipo que habíamos traído cuando los centinelas dieron la voz de alarma en el campamento. Al principio se pensó que se trataba, como otras veces, de parejas de soldados que pasaban de recorrido. Pero esta vez eran cinco guardia-rurales que venían directamente hacia nosotros. Indudablemente, habían seguido el rastro de los que habíamos llegado en la víspera. El campamento entero se alertó. No obstante estar este en un monte, en lo alto de una loma, dos cerros más altos lo flanqueaban. Sobre éstos se hallaban los centinelas que habían dado la voz de alarma. Los cinco hombres venían al mando del sargento García, jefe del cuartel del pequeño pueblo de Banao, situado en la carretera que une a Sancti Spíritus con Trinidad. Ajenos a lo que les esperaba los hombres de unifome avanzaban cautelosamente hacia nosotros cuando, casi a quema ropa, una descarga los hace detenerse en seco. Las otras postas descargan sus armas y un intenso tiroteo se extiende por más de diez minutos. Al final de los cuales el jefe de los guardias y dos compañeros más quedan fuera de combate. Los otros logran escapar. Y ante la posibilidad de que estos den por radio a los aviones nuestra posición, se dispone levantar el campamento. Antes de marcharnos escondemos la mayor parte de las armas que hemos traído en unas cuevas cercanas. Nos dividimos en dos grupos. Catorce van con el "viejo Cadenas", un explorador que se conoce a las mil maravillas la región. Entre los que le acompañan están Cubela, Darío Pedrosa, Tabo Machín, Alberto Mora. Por otro rumbo partimos García Lavandero, Chomón, Luis Blanca, Armando Fleites, Alberto Blanco, Eloy Gutiérrez, Bombino, Iran Rodríguez y Oscar Ruiz. Además, Ramón Pando, Morgan, Artola, Ramiro "Camajuaní", Edelmira —una oriental que había venido desde la Sierra Maestra con un mensaje de Fidel Castro—, Carreras, Un total de veinte y nueve rebeldes. Algunos de los cuales, como yo, estábamos completamente fuera de ejercicios.

La retirada del "Cacahual" la hacemos por sobre las montañas. Ganando las más próximas y desde ahí, de monte en monte, entre derriscaderos y cortantes lajas. Sobre las once aproximadamente abandonamos el campamento y aún no habíamos marchado dos horas cuando la mayoría de los "nuevos"; así llamados los recién

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

incorporados a estas marchas en la cordillera, ya nos hallábamos extenuados. Un calor fuerte, con motivo del ejercicio, nos hace sudar los pocos pedazos de carne y yuca que apresuradamente habíamos ingerido al partir de "Cacahual". Rápidamente nos alejábamos del sitio en que habíamos tenido el encuentro con los soldados de Batista. Llegando a las seis de la tarde nos aproximamos a un bohío. Sus moradores los conocen unos campesinos que forman parte de nuestra patrulla. Esperamos encontrar algo de comida; pero somos veinte y nueve personas y sólo toca a un pedazo de malanga y dos canutos de caña por cabeza. En la medida que va desapareciendo el sol va enfriándose el crepúsculo. Continuamos nuestra marcha en busca de un pequeño monte que está en lo alto de una loma. Después de subir una penosa y abrupta cuesta bordeando una cerca de alambre, en la cual nos apoyábamos, llegamos al mismo. No todos tenían hamacas. Y en el piso era materialmente imposible recostarse pues estaba plagado de rocas y raíces de los pocos árboles que tenía aquel "cayito de monte". Apenas nos acostamos comenzó a refrigerarse el lugar. Era la noche del día 17 de febrero y desde hacía muchos años, según el Observatorio Nacional, no azotaba a la isla un frío semejante. A eso agréguese que la zona donde nos encontrábamos, según los geógrafos, es la de más baja temperatura de Cuba. Y *encima de todo ello* nos encontrábamos a no menos de 500 metros de altura. A mi lado se hallaba Eduardo García Lavandero. Con una sola manta nos tapamos los dos. Los cuerpos, unidos, nos daban un poco de calor. En la medida que arreciaba el frío aumentaba el dolor de la pierna que años atrás le había sido operada. La misma tenía un clavo de platino atravesado sujetándole el hueso. Al dormirnos aquella noche todos teníamos la impresión de que el ejército andaba tras nosotros. Gustavo Machín, Ramón Pando, Edelmira y Alberto Blanco, que al sorprendérsenos en el "Cacahual" se disponían a marchar fuera de las lomas, habían tenido que posponer el viaje. Excepto el primero, los tres últimos marchaban con nuestro grupo.

Al día siguiente iniciamos la marcha a primera hora. Caminamos sin cesar hasta las cuatro de la tarde. Hicimos una parada al lado de un arroyo, en medio de un guayabal. Era la finca del gobernador batistiano de la provincia de Las Villas y un lugar muy peligroso, por demás, al estar cruzado de caminos. Una hora después de este breve descanso para alimentarnos continuamos subiendo hasta alcanzar una gran altura sobre el nivel del mar. Cosa que pudimos comprobar al divisar, aparentemente a nuestros pies, al inmenso mar Caribe. Sus aguas azules se extendían hacia el infinito. Lo teníamos a nuestra izquierda. Al frente, el sol declinando.

Marchábamos hacia el oeste por sobre la subregión de Trinidad-Sancti Spíritus. Este macizo montañoso se prolonga por unos 80 kms. de este a oeste y alcanza unos 30 kms. de norte a sur. Los aborígenes llamaban "Guamuhaya" a estas montañas que se extienden desde el este de la bahía de Cienfuegos hasta las inmediaciones de Sancti Spíritus. Alcanzando por el norte hasta la población de Fomento y por el sur la Costa del Mar Caribe. Esta masa de rocas que constituye el núcleo de las alturas de Trinidad-Sancti Spíritus, está dividida en dos secciones por el valle del río Agabama. Este conduce sus aguas al Mar Caribe después de unirse con el río Ay. A partir de esta unión, el Agabama es denominado Manatí. La costumbre es distinguir con el nombre de alturas o montañas de Trinidad las comprendidas entre los ríos Arimao, al oeste; y Agabama al este. Mientras se conoce por alturas de Sancti Spíritus las comprendidas entre el Agabama al oeste y el Zaza al este. Otra característica que los distingue es que las montañas de Trinidad están muy cerca de la línea de la costa. Las de Sancti Spíritus, por el contrario, están separadas de la línea del litoral por una extensa llanura costera. Muy alto debía ser por donde íbamos caminando al ver el Caribe tan aparentemente cerca; pues como vimos, por esta zona una llanura costera nos separaba del mismo. Estábamos cerca del río Manatí.

Con la caída de la tarde un avión comercial, cruza el cielo rojiazul rumbo a Oriente. Unos metros después comenzamos a descender. Tenemos que atravesar un gran descampado de más de 300 ms. por entre un desfiladero sumamente peligroso. Ortega, el guía, se adelantó y avanza con otro compañero. Hacen de vanguardia. Una seña a lo lejos, con el rifle, nos da la pauta. Los seguimos. No hay peligro. Cada vez oscurece más. Unos bueyes espantados corren sin concierto. Luego comprobaríamos que había sido el ejército quien los había azorado. Llega la noche y con ella un frío tan intenso como el de la anterior. Seleccionamos un lugar para dormir. Esta noche son mis compañeros de "espacio" dos jovencitos que apenas habían rebasado los veinte años: Oscar e Irán. Eran inseparables. Los continuos sabotajes que realizaron en un ingenio cercano en que vivían los hicieron "asilarse" en las montañas. A donde habían llegado el mismo día que nosotros. Con los rebeldes estarían más seguros que en el pueblo. De todo esto me hablaban mientras cortábamos unas pencas que nos servirían para protegernos del viento helado a la hora de dormir. Nos acostamos uno al lado del otro, sin quitarnos las botas y con las armas al alcance de las manos. Dos mantas nos tapaban. Y nos quedamos

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

dormidos ignorando que uno de los tres: Irán, no viviría para ver a Cuba Libre y soberana. Finalizando el año, en la toma de una población, quedó exánime al recibir varios balazos sin que su amigo inseparable, Oscar, pudiera evitarlo.

RAMON PANDO FERRER CAE PRISIONERO

Aún no había amanecido el día 19 y ya todo el campamento se hallaba levantado. A las cuatro de la madrugada el guía Bombino encendió una hoguera para mitigar el frío. Comienza a salir el sol y un sin número de noticias nos brinda el radio portátil que llevábamos. El dictador había cometido la ingenuidad de levantar la censura de prensa hacía dos semanas y las páginas de los periódicos y los noticieros radiales trasmitían sin cesar los sucesos acaecidos en toda la República. Sabotajes, bombas, quema de cañaverales, descarrilamiento de trenes, etc. La Isla era un infierno a pesar de que "Batista era la paz". Por el radio supimos que desde hacía más de veinte y cuatro horas una batalla se estaba librando en Pino del Agua, en la Sierra Maestra. Y que por Sancti Spíritus habían cruzado numerosos camiones llevando refuerzos hacia las lomas del macizo de Trinidad y Sancti Spíritus, "en persecución de unos forajidos que habían hecho resistencia a la fuerza pública". Más de doscientos soldados del Tercio Táctico del regimiento "Leoncio Vidal" iban tras nosotros. Eso ya lo sabíamos por informes de campesinos de la zona. Y por la transmisión en clave que desde la estación de radio de Sancti Spíritus nos comunicaba todos los días "Piro" Abreu. Este último y Ramón Pando eran de los hombres más útiles que teníamos en la retaguardia. Sin ellos, probablemente, nunca se hubiera podido abrir ni consolidar el frente del Escambray.

Después de un ligero desayuno: leche y malanga; movemos el campamento de lugar. Caminamos hacia un monte más abajo, a poca distancia de donde estábamos. Casi todo el recorrido lo hicimos por sobre una cañada. Enterrándonos frecuentemente en el fango. Acampamos en el sitio donde habíamos convenido hacerlo con el Viejo Cadenas. Aún no habían llegado al punto en que debíamos encontrarnos. Pando y Alberto Blanco insisten en marcharse sin esperar a Tabo Machín. Lo mismo Edelmira, que debía volver a la Sierra Maestra. Los dos primeros se aprestan a marchar y tras rasurarse, se despiden de nosotros. Llevan dos guías estupendos: Bombino y Faustinito. Muy conocedores de la zona. Pando lleva una pistola que le presta Eduardo García Lavandero y Alberto la suya de cachas de oro. Bombino un máuser y el otro guía una 45. No pueden portar armas largas. Sobre las diez de la mañana parten de la hondanada donde nos hallábamos. Los vemos subir penosamente la cuesta. Faustinito abriendo la marcha, luego los tres compañeros que parten hacia la Habana y Oriente y finalmente Leonardo Bombino cerrando la marcha. En lo alto de la

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

loma hacen guardia los hermanos Remedios de Zaga y se despiden de ellos. Avanzan confiados poco más de trescientos metros. Pasan una cerca de alambre, que se interpone, y casi a boca de jarro no menos de 10 soldados del Tercio Táctico de Las Villas les dan el alto. Nuestros compañeros se lanzan al suelo y al tiempo que Bombino grita: "Rebeldes" descarga todo el magazín de su máuser sobre ellos. Igual hace Alberto Blanco y un nutrido tiroteo, de ambas partes, se establece entre los revolucionarios y el ejército; al tiempo que los primeros se van retirando como pueden hacia nuestro campamento. Poco a poco van llegando. Primero Alberto, jadeando, seguido de Edelmira, que cojea; más tarde Bombino. Pronto comprobamos que nuestra compañera no había sido herida. En la retirada un balazo de springfield le arrancó el pequeño tacón de uno de sus zapatos. Lo traía en la mano. En la refriega murieron tres soldados y dos fueron heridos según pudimos constatar después por versión de uno de estos últimos que resultó herido en una pierna. Por nuestra parte solo sufrimos una baja: Pando, porque Faustinito se lanzó por un barranco con grave riesgo de su vida. Días después me contaba en casa de María Josefa Suárez, en Sancti Spíritus, como se habían desarrollado los hechos.

Cuando en nuestro campamento se sintieron los tiros pensamos lo peor. Que habían caído en una emboscada. La verdad era que los diez soldados constituían una avanzada de una compañía que venía siguiendo nuestro rastro. De los cinco compañeros que fueron sorprendidos solo Alberto Blanco y Bombino llegaron vivos al final de la guerra. En cuanto a Pando, desapareció a partir de aquel día. Se decía que había sido vestido como soldado y obligado a marchar con ellos por el Escambray para que descubriera nuestros campamentos. Esto no se ha podido comprobar. Así como tampoco la versión propalada de que fue conducido a Santa Clara y desde aquí llevado a las oficinas del SIM en la Habana. Todo parece indicar que pudo escapar del encuentro y luego fué capturado en la finca "Santa Rosa" del barrio de Banao, al ser delatado por un traidor. Y dos días después, el 21 ó 22, torturado y asesinado en un cafetal cercano a "La Diana" por órdenes del teniente Froilán Pérez Medina y del Com. Aguedo García. Su cadáver aún no se ha podido encontrar. En los primeros momentos sus familiares lo suponían vivo. Fueron víctimas de una cruel burla.

El guía Faustinito pudo escapar de la sorpresa aquella de la finca "Michelena" y volvió a Sancti Spíritus. De nuevo hizo contacto con nosotros y poco después estaba de nuevo en la Sierra Sin embargo, su gran utilidad estaba en servir de enlace. Iba con-

tinuamente de lo alto de la cordillera al llano trayendo y llevando cartas y mensajes. En una ocasión el terrible Mirabal, jefe de la comandancia de Sancti Spíritus lo arrestó. Lo último que se supo de él por algunos detenidos que estuvieron presos y tuvieron la suerte de salir vivos, fué que el propio Mirabal lo estaba "interrogando". Lo que quiere decir, en otras palabras, que estaba siendo víctima de las más crueles y brutales torturas. Faustinito fué asesinado en el llano. Y como miles de cubanos que corrieron igual suerte, aún no se ha dado con el paradero de sus preciados huesos. Y por no ser menos, la tercera víctima que sucumbiría del grupo de cinco compañeros que el día 19 de febrero fueron sorprendidos en el llamado "manigual de Michelena": Edelmira, también murió sin saberse aún el lugar donde están sus restos. Refiriéndose a esta compañera, que usaba indistintamente el nombre de Clodomira, y a otra valiente luchadora de esta guerra en la provincia oriental, Lidia, escribió recientemente el comandante Ernesto Guevara estas líneas: 'Entró y salió Lidia de la Sierra, trajo y llevó documentos importantísimos, estableciendo nuestras conexiones con el mundo exterior. La acompañaba otra combatiente de su estirpe, de quien no recuerdo más que el nombre, como casi todo el ejército rebelde que la conoce y venera: Clodomira. Lidia y Clodomira ya se habían hecho inseparables compañeras de peligro; iban y venían juntas de un lado a otro". Y continúa más adelante: "Había ordenado a Lidia que apenas llegado a Las Villas, después de la invasión, se pusiera en contacto conmigo, pues debía ser el principal medio de comunicación con la Habana y con la Comandancia General de la Sierra Maestra. Llegué y a poco encontramos su carta en la cual me anunciaba que me tenía un cachorro listo para regalármelo y que me lo traería en el próximo viaje. Ese fué el viaje que Lidia y Clodomira nunca realizaron. A poco me enteré de la debilidad de un hombre, cien veces inferior como hombre, como combatiente, como revolucionario, o como persona, que había permitido la localización de un grupo entre los que estaban Lidia y Clodomira. Nuestros compañeros se defendieron hasta la muerte: Lidia estaba herida cuando la llevaron. Sus cuerpos han desaparecido; están durmiendo su último sueño, Lidia y Clodomira, sin duda, juntas como juntas lucharon en los últimos días de la gran batalla por la libertad".

Después del encuentro con el Tercio Táctico los veinte y siete hombres que quedábamos emprendimos la marcha. Salimos de la hondonada en que habíamos situado provisionalmente nuestro campamento. Y volvimos a subir montañas más altas, moviéndonos de monte en monte. Los campesinos de la zona enrolados en nuestra guerrilla avanzaban a pasos que no los podíamos seguir. Igual que muchos compañeros de las poblaciones que llevaban ya tiempo en

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

la cordillera villareña. Los que tres semanas atrás estábamos en la ciudad de Miami, sin hacer ejercicios, sufríamos más que los otros los rigores del subir y bajar aquellas empinadas cuestas. A pesar de los guantes teníamos las manos casi destrozadas debido a las espinas de ciertos árboles y de las cercas de alambre que continuamente atravesábamos. El medio, indudablemente, nos era totalmente inhóspito. Aunque veteranos de muchos años de lucha contra Batista, éramos hombres de pelea en la ciudad. Donde la astucia, más que el vigor físico, era el factor que había de tener en cuenta para sortear los peligros. Todas las lomas son iguales, comentábamos jocosamente muchas veces. Y no era cierto, pues los guías variaban continuamente. Cada palmo de tierra tenía su explorador. La topografía del terreno nos era, sin duda alguna, desfavorable. Estábamos deseosos de terminar nuestra misión en las lomas y volver al llano a intentar un nuevo golpe frontal contra la dictadura. Además, en la Habana nos esperaban desde hacía varios días Julio García Olivera, Raúl Díaz Arguelles, Castell, Guillermo Jiménez y demás compañeros que al desembarcar por Camagüey se habían trasladado allí por carretera y ferrocarril.

EL COMBATE DE LA "DIANA"

Desde las diez de la mañana aproximadamente, en que fueron sorprendidos Ramón Pando y sus compañeros, hasta las cuatro de la tarde anduvimos caminando sin parar. Ya no teníamos dudas de que era el Tercio Táctico —como sabíamos por el radio— y no la guardia rural quienes andaban tras nuestro rastro. Hicimos un alto para descansar y tratar de comer algo. Desde el desayuno no probábamos bocado. A nuestra derecha, a una distancia de más de trescientos metros, había un bohío de gente amiga donde confiábamos encontrar algo sólido para ingerir. Para llegar a él había que bajar, pues en ese momento nos hallábamos en la cresta de una loma conocida por la "Diana". Situada todavía en los montes de Michelena; que era el apellido del mayoral que cuidada de esa extensa finca. Nos sentamos al pie de varios árboles acariciados por una fresca brisa. Esperando a los dos compañeros que fueron por la comida. Al tiempo que descansábamos cada cual susurraba, más que hablaba, con el vecino sobre los últimos acontecimientos, de horas atrás y mil cosas por el estilo. La desaparición de Pando y Faustinito, más que amilanarme, causó en mi un resultado contrario. Me dió alientos para salir vivo de aquella zona que tenía todas las características de estar copada por fuerzas enemigas. La imagen de mis hijos, que habían quedado en Miami, y los deseos de volverlos a ver me sirvieron de estímulo y acicate. En esas meditaciones me hallaba cuando llegaron los compañeros. No con la comida, sino con la noticia de que a menos de cien metros de donde estábamos venía una infinidad de soldados. Sin hacer ruido nos levantamos y se les tendió una emboscada. La posición era ventajosa para nosotros. A la derecha había una cuesta, tan inclinada, que era más bien un abismo. A la izquierda bajaba ondulosamente la montaña. Ellos venían por el este, a nuestras espaldas. Allí nos parapetamos e hicimos un silencio que hacía perceptible el zumbido de una mosca. Los diez minutos de tensión que decursaron en su espera parecieron diez horas. Una ametralladora calibre 30 bípode, checoeslovaca se hallaba estratégicamentee situada. Fué la que les hizo más estragos. Los soldados avanzaban cautelosos; pero cometieron un error capital en estos casos: venían apiñados. El trillo por donde venían los llevaba directamente a la boca de nuestros fusiles. Apenas asomaron los primeros cascos verdes todos los tiros se concentraron sobre el manigual por donde habían aparecido los mismos. Los soldados batistianos iban cayendo como las hojas de los árboles. Minutos después se recuperaron de la sorpresa, con un puñado de bajas de su parte, y se entabló el fuego de parte y parte. La primera ráfaga se oyó a las 4.45 de la tarde y casi

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

ininterrumpidamente sonaron los fusiles y ametralladoras hasta las 5.15. Al siguiente día yo escribía en mi diario: "El tiroteo es ensordecedor. Los tiros de ambas partes retumbaban en los valles del Escambray como hace más de medio siglo en el 68 y en el 95. Caen bajo: ¡Vivas! y ¡Mueras!".

En este combate los rebeldes batimos la vanguardia de una tropa superior. No mediaba media cuadra de distancia entre ambos contendientes. A cien metros del adversario se hallaba el grueso de la columna enemiga: un centenar de soldados. Que en vez de avanzar a socorrer y apoyar a sus compañeros se limitó a tirotearnos desde lejos. El teniente del pelotón que venía de avanzada, lejos de rendirse como le pedimos, se mantuvo peleando, pudo escapar herido sin abandonar su Thompson. Era, sin duda, un hombre valiente.

Sobre el combate de la "Diana" se ha escrito en varias oportunidades. El número de bajas del enemigo no se ha sabido con exactitud. Los rebeldes no tuvimos ninguna. Aparte de que estábamos en una posición mejor, parapetados debidamente cuando llegaron, la suerte, nos acompañó. El parte oficial que dió posteriormente el estado mayor del ejército reportó 14 bajas de ellos. Decía habernos inflingido 50 a nosotros. Según nos contaron los campesinos de la zona el ejército abandonó a sus heridos en el campo de batalla. Creyeron que éramos una patrulla superior en número a lo que en realidad teníamos y se retiraron del lugar. Al día siguiente obligaron a los guajiros a que recogieran los cadáveres y los trasladaran hacia sitio más seguro para ellos. Por eso pudimos saber que ellos tuvieron treinta bajas aproximadamente. Muchas de ellas murieron al no recibir asistencia inmediata de sus compañeros. La moral del ejército andaba por el suelo.

UNA JORNADA DE TRECE HORAS

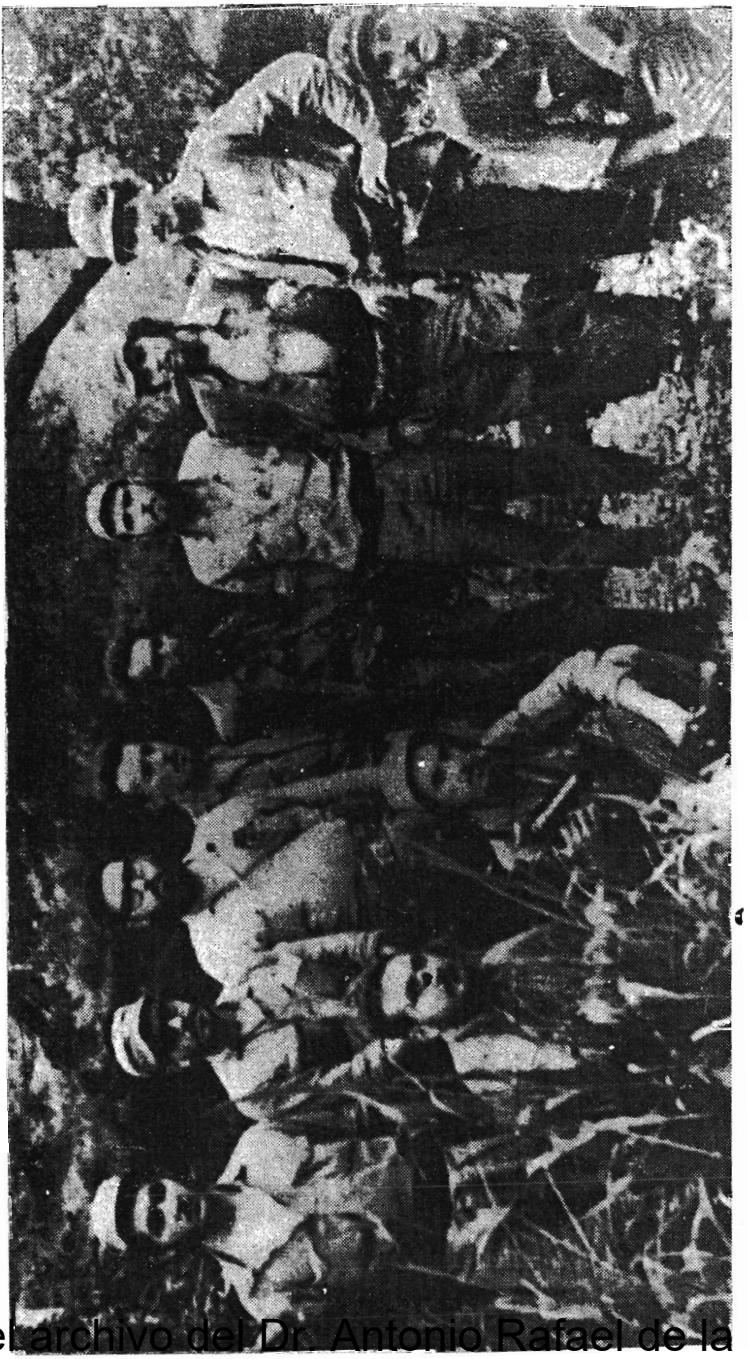
En el combate de la "Diana" no pudimos coger todas las armas al enemigo. Sólo las de aquellos soldados que habían caído más cerca de nosotros. Porque el grueso de la columna del ejército nos disparaba desde un monte vecino.

Sobre las cinco y media de la tarde reiniciamos la marcha rumbo al poniente. Atrás dejábamos el escenario de la lucha. Y el "manigual de Michelena", que era el sitio convenido con Cubela y Alberto Mora para volvernos o encontrar. En la larga jornada, que teníamos por delante llevábamos de guía a Leonardo Bombino. Quién no nos dejaría descansar más de cinco minutos durante trece largas horas. El sol se iba poniendo y nosotros continuábamos en dirección a él. De vez en cuando nos desviábamos hacia el Norte. La llegada de la noche no nos tranquilizó, en esta ocasión, como otras veces. El golpe asestado en la Diana al ejército fué como lanzar una piedra a un avispero. El estruendo de la fusilería y las ráfagas de ametralladoras durante treinta minutos, concentraron hacia aquella zona cientos de soldados del Tercio Táctico de las Villas. Nosotros éramos veinte y seis hombres y una mujer. Por vez primera en las lomas de Las Villas el ejército de la dictadura probaba en sus propias carnes el plomo de la libertad. Ya no pelearían contra jóvenes campesinos armados de escopetas. Faure Chomón había llevado armas para dotar a casi un centenar de hombres. Antes del Cacahual y la Diana no había habido por esa zona un combate de consideración. El eco de los fusiles había retumbado en todo el valle y toda la región se había vuelto un avispero. Para evadir al ejército marchamos en todas las direcciones imaginadas.

Fueron trece horas que teníamos por delante para sobreviivr. Porque con el alba seríamos localizados por la aviación y tras ella se nos encimaría la infantería enemiga. Había que alejarse rápidamente del lugar para despistarlos. El guía sólo repetía: "si nos amanece estamos perdidos". Y así era efectivamente. En todos los caminos y talanqueras nos tendieron emboscadas. Milagrosamente, pudimos evadirlas. La astucia del práctico con sus marchas y virajes nos salvaba a cada instante. A diferencia de otras ocasiones, esta vez los guías del ejércitos alumbraban el camino. Eso nos permitía saber los lugares por donde ellos se movían. Por suerte era una noche obscura. Y los veíamos mejor. Hubo varios momentos en que nos tuvieron prácticamente copados. Salíamos de sus trampas por milagro de Dios. Marchábamos y contramarchábamos paralelamente a ellos. Sin hacer el menor ruido para no ser descubiertos. Como es de suponer no podíamos andar por los trillos v

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

caminos. Pues aparte de estar todos vigilados dejaríamos nuestras huellas; y los conduciríamos hacia donde nos dirijimos. Nos retirábamos "cortando" montes y potreros. Otras veces eran campos de tierra arados. Donde el caminar es una verdadera pesadilla. Aun los veteranos se hallaban extenuados. Los que llevábamos una semana en las montañas no teníamos que decir. Alberto Blanco, principalmente, no podía con su alma. Un compañero le llevaba su fusil. Tropezaba a cada instante y caía de bruces en medio del camino. Se resistía a continuar. Chomón sintió de pronto un dolor en el centro del pecho que le impidió proseguir. La pierna de García Lavandero, no obstante su agilidad, lo maltrataba despiadadamente El que suscribe tropezaba continuamente y la falta de aire lo hacía caer, a mitad de la ruta, a cada instante. Luis Blanca, a pesar de su enorme mochila y su falta de peso, soportaba mejor que todos aquella marcha inolvidable que nos hacía recordar la del general Wanright en Corregidor. Sólo el instinto de conservación nos mantenía andando. Pues con el alba, lo sabíamos, nos llegaría la muerte. En la medida que avanzaba la madrugada nos desviábmos hacia el norte. Con los primeros claros del día divisamos, a lo lejos, el monte hacia donde nos dirijimos. Era en lo alto de una loma. A la que llegamos junto con el amanecer. Cuando miré mi reloj, ya en la cima, protegidos por el follaje y las ramas de los árboles, eran las siete de la mañana. Minutos después una avioneta de reconocimiento del ejército daba vueltas sin cesar sobre nuestras cabezas. Estábamos rendidos. Habíamos marchado durante trece horas sin cesar; y sin probar bocado desde la mañana del día anterior. Pero estábamos a salvo de ser localizados por el enemigo. El sitio donde acampamos se hallaba cerca de las tierras del antiguo cacicazgo indio de Cubanacán.



Unión de las fuerzas del "26 de Julio" y el "Directorio Revolucionario" en las montañas de las Villas. Después de firmarse el "Pacto del Pedrero" oficiales de uno y otro ejército posan ante la cámara. En cuclillas los comandantes José Moleón y Raúl Nieves. De pie: Comandante César Páez, Capitán Jorge Martín y los Comandantes Humberto Castelló, Faure Chomón, René Rodríguez, Rolando Cubela, Ernesto (Che) Guevara y Ramiro Valdés.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

PROCLAMA DESDE LA SIERRA

Permanecimos durante varios días en esta zona. Donde el ejército no podía suponer que nos encontrábamos. Nuestra preocupación era hacer contacto con el grupo donde iban Tabo Machín, Cubela, Mora. Cierto es que el "viejo" Cadenas era un gran conocedor de la zona. Y Darío Pedrosa baluarte en la apertura del segundo frente, también conocía muchos enlaces para poder llegar a ellos. Los días transcurrían silenciosamente. El ejército nos buscaba por donde habían ocurrido los encuentros de "La Diana", "Michelena" y "Cacahual". Casi todas las mañanas y al atardecer recibíamos la visita de una avioneta de reconocimiento de las fuerzas aéreas. "La chismosa" le llamamos en Oriente —nos decía Clodomira—. "Chivata", en Escambray, le contestaba Alberto Blanco. Aparte de ella volaron varios tipos de aviones sobre nosotros: de transporte y en una ocasión hasta de reacción. Habíamos perdido contacto con el mundo exterior pues, por una confusión. El radio había quedado en el campamento de los potreros de Michelena. Los vecinos de la zona, sin embargo, nos traían noticias: "que secuestraron a Fangio en la Habana", "que siguen los combates en Oriente y las bombas en el resto de la isla". Además de informes nos traían comida. Casi siempre la misma: arroz y malanga. Nosotros solo llevábamos gofio, leche en polvo y azúcar. Esto último nos servía de desayuno y almuerzo. Y por la tarde de postre. El día 24 de febrero, aniversario del inicio de la guerra de Martí, decidimos pronunciar públicamente nuestra determinación de continuar la lucha contra la tiranía. Aunque nos hallábamos acosados, hambrientos y en una desventajosa situación con respecto al enemigo. decidimos firmar, al siguiente día, una proclama en la que el Directorio Revolucionario no sólo manifestaba su voluntad de lucha de presente, sino que señalaba pautas a seguir en el futuro. Aquélla decisión, en esos momentos, no sería la de Simón Bolívar, en el monte Aventino; pero sí resultaba un poco quijotesca. Nuestra situación era sumamente precaria: el día 24 yo anotaba escuetamente en mi diario: "Día tranquilo. Hubo almuerzo; pero no comida. El práctico sale a buscar al otro grupo". Y al siguiente día firmamos un grupo de dirigentes del D.R., una proclama de la que extraemos los siguientes párrafos:

"...Al lado de la martirizada ciudad de Cienfuegos y sostenidos gracias a la fe inquebrantable de los heroicos villareños, el DIRECTORIO REVOLUCIONARIO despliega una vez más sus banderas de combate...". "Hoy, como ayer, nos hallamos hermanados de nuevo: Los estudiantes y los obreros, los profesionales y los campesinos. Todos luchando por un mismo ideal y bajo una sola bandera: la de la Estrella Solitaria. La misma bandera que nos legara el venezolano Narciso López; el cual comenzó su lucha por nuestra libertad en estas mismas tierras que hoy pisamos, cuando organizó, hace justamente un siglo, la Conspiración de Manicaragua. La única bandera que acepta nuestro pueblo. El único estandarte bajo el cual lucharon los heroicos patriotas villareños que en el 68 y el 95 se lanzaron a los campos insurrectos. La bandera de Miguel Jerónimo Gutiérrez, Serafín Sánchez, los Carrillo, Roloff y cien héroes más que legó a la Patria esta provincia de Santa Clara".

Nuestros propósitos unitarios quedan evidenciados en el párrafo de la proclama que a continuación se transcribe:

"La verdadera revolución se hará desde el Poder, libre ya Cuba del tirano que la esquilma, envilece, corrompe y asesina. Y para plasmar de una manera absoluta la Revolución desde el Poder el DIRECTORIO REVOLUCIONARIO aboga por la constitución de un Partido o Movimiento Unido que agrupe en su seno a los verdaderos luchadores que día a día se juegan la vida combatiendo a la dictadura". Y al enunciar sucintamente la tarea a realizar desde el poder anunciamos: "...Aspiramos a plasmar integramente los fundamentos de la revolución cubana que, aunque enunciados en la Constitución de 1940 aún no se han promulgado. No seremos nosotros quiénes hagamos promesas al pueblo; pero sí aseguramos que son nuestros propósitos luchar sin desmayo para que en el futuro no haya en nuestra Patria un joven sin educar y un hombre sin trabajar. No se nos escapa que tan grave como la actual satrapía que hoy nos oprime es la crisis social que nos agobia. No nos limitaremos a restablecer y afianzar las conquistas sociales que la dictadura desconoce sistemáticamente. Tendemos a que todo cubano tenga trabajo, conscientes de que en nuestro país prevalecen las condiciones indispensables para desarrollarse económicamente. Acabaremos con el latifundismo y la geofagia en defensa de nuestros campesinos. Y utilizando las riquezas minerales y de todo tipo que pródigamente yacen en nuestro suelo, desarrollaremos industrialmente a nuestro pueblo. Educación, honestidad administrativa, reforma agraria e industrialización: he ahí parte de la gran revolución que hay que hacer en nuestro país una vez derrocada la tiranía".

Casi al finalizar señalamos los destinatarios de nuestra proclama. Y nuestros proyectos en el ámbito internacional. Así decimos:

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

"Compatriotas: Esta proclama, específicamente dirigida al pueblo cubano la hacemo extensiva al continente americano. El DIRECTORIO REVOLUCIONARIO, en lo internacional, aboga por la creación de una Confederación de Repúblicas de América. Así lo reclamaban Miranda, el "precursor", Bolivar, Hostos, Morazán y Martí, para quien un solo pueblo se extiende "desde el río Grande hasta los montes fangosos de la Patagonia". Así lo querían los Padres de la Independencia Americana y nosotros lucharemos por hacer realidad lo que hoy día sólo luce una ilusoria quimera".

Por los días que firmamos la proclama había una quietud asombrosa en el campamento nuestro. Apenas nos movimos de la zona. Muchas veces, al caer la noche, cambiábamos de sitio. Y nos instalábamos en otro "cayo de monte". El día transcurría monótonamente. Sólo lo alteraba el aletear de un aura tiñosa o el canto de los pájaros. A veces, el hilo líquido que desde lo alto de un árbol nos arrojara una jutía. Este animal, un mamífero indígena y roedor que semeja una enorme rata, vive entre las piedras y los árboles. En Cuba hay más de diez clases. Era de gran utilidad a los combatientes desde las guerras por la independencia. Ramón Roa, poeta y coronel de la guerra de los diez años, que anduvo "alzado" por esta misma zona, escribió refiriéndose a las jutías:

Un pigmeo ha de ser, mísero idiota
no de estirpe cubana
quien no sabe encumbrarte, o no se atreve.

¡Oh, jutía, que ofreces al patriota
alimento y calzado, arma y canana!

La carne de este animal, tanto en nuestras guerras por la independencia, como entre los insurrectos del Directorio Revolucionario y el 26 de julio en esta otra etapa, era saboreada con sumo placer.

En cuanto a las aves las había de muy variadas clases. Inclusive hasta enemigas nuestras como los "judíos" y los "caos". Estos dos delataban nuestra posición, pues son pájaros que tan pronto ven moviéndose a las personas entre los montes y potreros vuelan y cantan sobre ellas. El judío, como es sabido, se alimenta de gusanos y garrapatas y vuela generalmente acompañado. El "cao" no. Anda sólo y emite un sonido semejante a su nombre. Es negro como el anterior. Debido a su pico, color y configuración

semeja a los cuervos. También teníamos pájaros que venían de las mismas tierras que nosotros: desde Norteamérica; el "zorzal gato" y la "mariposa". Ambos invernan en nuestras tierras y sobre abril regresan hacia el norte. Tienen bellísimos plumajes. Oriundos de Cuba y el resto de las Antillas frecuentan las montañas villareñas pájaros como los "tomeguines" —tanto el de "Pinar" como el de la "Tierra"; los "negritos", "cotorritas" y "arrieros". Este último, de lindos colores, abre la cola al volar. Y posados invariablemente en las ramas bajas de los bosques sombríos, durante largos ratos, mansamente, se hallaban los "tocoloros". El tocoloro tiene azul la cabeza, rojo el vientre y el lomo verde y negro. Su cantar, "to-co-lo-ro", es lastimero. Como el canto del mísero guajiro cuando al atardecer regresa a su bohío. Después de una larga jornada de trabajo sobre la tierra que no le pertenece.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

CAMINANDO ENTRE NUBES

En vista de las dificultades y contratiempos surgidos para hacer contacto con el otro grupo de compañeros, aquellos de nosotros que teníamos que realizar una misión en la Habana decidimos bajar. Uno de los hermanos Remedios sugiere hacerlo por "Pedrero", pero la idea es desechada.

Finalizando el mes, estando acampados en la finca "Linares", llegó a nuestro campamento el campesino Raúl la Rosa. El cual se comprometió en sacarnos por su finca. Desechó la idea de hacerlo por "Caracusey", población que caería tiempo después bajo el ataque combinado de nuestras fuerzas y las del 26 de julio. Con idea de acercarnos a la finca de Raúl, iniciamos en la noche del día 27 una jornada por sobre empinadísimas montañas. Nos acercábamos a Fomento. Durante cinco horas marchamos bajo una llovizna intermitente; en un clima que se hacía glacial en la medida que subíamos. Era un ascender continuo. Hasta el extremo de marchar frecuentemente con las nubes a nuestros pies. Los veintisiete rebeldes con nuestras pesadas mochilas apenas nos veíamos dada la cantidad de nubes que se interponían entre unos y otros. Era asombrosa, una vez más, la facilidad con que Clodomira subía y bajaba aquellas lomas. Al llegar a una elevación conocida por el "Pico de las Tres Cruces" hicimos un descanso. Y en un momento en que se disipó la nebulosidad que estorbaba la visión, se pudieron ver las luces de varias poblaciones: Placetas, Santa Clara... Nos acercábamos hacia el centro de la isla. Rumbo a la sub-región de Santa Clara.

Esta provincia, como se sabe, se halla dividida geográficamente en cinco subregiones. La primera, del grupo de Guamuhaya, son las alturas de Trinidad-Sancti Spíritus. Saliendo de ellas nos hallábamos cuando nos dirigíamos hacia la subregión que toma su nombre de la capital de la provincia. Esta última se halla en torno a Santa Clara; limitando al norte con las alturas septentrionales y al sur con las montañas del Guamuhaya. Por el oeste con el curso del río Sagua la Grande y al este con el valle superior del Zaza. En esta subregión se hallan varios picos y las sierras llamadas Alta del Agabama, María Rodríguez y del Escambray. Que no sobrepasan los trescientos metros de altura. Si se les comparan con las alturas de Banao o el Pico de San Juan con sus 1,156 metros de altitud, se comprobará que no resultan tan altas. Entre las poblaciones importantes que se hallan en la subregión, aparte de Placetas y Santa Clara, están Cabaiguán, Manicaragua y Guayos.

Escambray es una voz india. La sierra de su nombre se halla en el barrio rural llamado Seibabo, que pertenece al término municipal de Santa Clara. Y Juan Cristóbal Nápoles Fajardo, poeta cubano de mediados del siglo XIX, conocido por el Cucalambé, escribió un tomo de poesías bucólicas y patrióticas en las que refiriéndose a esta Sierra y al río Cubanacay decía:

Oyó del Cubanacay
El murmullo dulce y blando
Y se alejó contemplando
La cumbre del Escambray.

El central azucarero "Escambray" se halla al norte de la población de Fomento. Los ramales de la sierra se extienden por los barrios de Manicaragua y Báez. En las montañas de Escambray nacen los ríos Sagua la Grande y Sagua la Chica —en la vertiente norte— y el Arimao y Agabama que corren hacia el sur. Aunque geográficamente no corresponda con la realidad, todos los rebeldes que empuñaron las armas contra la tiranía al sur de esta provincia eran popular y revolucionariamente conocidos como combatientes del Escambray.

Desde el "Pico de las Tres Cruces" se divisaba, a lo lejos, el Escambray. Si bien las nubes iban desapareciendo, el frío arreciaba cada vez más.

Por esta zona no habían pasado antes los rebeldes. Bajamos a un valle para hacer una escala en casa del familiar de un compañero nuestro. Poco a poco se fue llenando el pequeño bohío con guajiros de los alrededores. En el mayor silencio se nos estaba preparando un aromático café mientras Clodomira mostraba el rifle del guía Publio, a un curioso campesino. De pronto se le disparó un tiro; que sembró la alarma entre nosotros y en todos los alrededores. El eco del valle hizo sonar el disparo de la carabina italiana como un cañonazo. Una vez saboreado el café abandonábamos presurosos el lugar. Aquella noche hicimos campamento en un sitio muy bien abrigado. Y allí permanecimos dos días antes de trasladarnos hasta la casa de Rosa, que ya nos aguardaba.

El día primero de marzo, con la caída de la tarde nos separamos del resto de nuestros compañeros. Bombino volvería a servirnos de guía. Dejamos en el campamento zapatos, medias gruesas... y nuestras armas largas. Con la excepción de los dos M-3 de Eduardo y Faure. Alberto Blanco, Rosendo Yero, "el oriental", Luis Blanca y yo íbamos tan solo armados de pistolas. El "orien-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

tal" venía con nosotros para la Habana pues una infección que había cogido en las lomas lo tenía prácticamente ciego; y con grandes dolores de cabeza. Era terrible el espectáculo de este compañero invalidado marchando en medio de la sierra. Cosas raras del destino. Así como que viniera a pelear en Las Villas un oriental de Niquero. Sólo una escala hicimos antes de llegar a la morada de la Rosa, en la finca "Pedraza". Era una confortable residencia de madera en lo alto de una loma, cerca de "Pedrero". Desde ella, se divisaban, aparentemente cerca, las luces del Sanatorio de Topes de Collantes. Sobre las once llegamos a casa de Raúl Rosa, enclavada en el fundo "Palma Sola", donde una opípara cena nos aguardaba. Aquella noche dormimos bajo unas cañas-bravas a un kilómetro más o menos de la familia la Rosa. Al siguiente día, domingo, José y Oscar, padre y hermano respectivamente de Raúl, nos llevaron el almuerzo. Por primera vez comenzábamos a comer como seres humanos: arroz, frijoles, carne y plátanos. En un pequeño arroyo nos afeitamos y bañamos. Llevábamos varios días sin hacerlo y al anochecer volvimos a comer a la casa de Raúl. Y después de una amena charla dormimos en la arboleda situada al lado de la misma.

SALIDA DEL ESCAMBRAY

El lunes 3 de marzo de 1958, amaneciendo, partí con Raúl. Llevaba un estrecho pantalón de campesino y un sombrero acorde con el mismo. Antes de marchar les prometí a mis compañeros que esa misma noche, sin falta alguna, los esperaría en el pueblo de Fomento con un automóvil. Con los primeros claros comencé de nuevo a caminar. Ahora iba desarmado. Me asaltaba la preocupación de ser detenido al llegar al pueblo. La primera escala la hicimos en la casa de un tío de Raúl, llamado Miguel la Rosa. Este vive en un caserío cerca de ellos: "El Mango". Hasta este sitio llega todos los días un jeep por un camino intransitable. Lleva a los vecinos de este lugar hasta Fomento a 12 kms. de allí. El viaje demora casi una hora. El chauffeur del vehículo Raimundo Aguila, hombre de toda confianza, estaba en antecedentes del caso. Todos los que subían, sin embargo, nos daban los buenos días y se extrañaban del forastero. Una vez que hubimos llegado a Fomento convinimos con el chofer el sitio en que esa misma noche, a las nueve en punto, nos encontraríamos con los demás compañeros. Desde Fomento seguí con Raúl hasta Placetas. Una sensación de alivio y seguridad me invadió entonces. Hombre del llano, después de pasar casi un mes en las montañas volvía a sentirme seguro de nuevo en mi medio ambiente. En esta última ciudad subimos a otro automóvil que nos condujo a Cabaiguán. Lugar donde pensaba encontrar vehículo. Al médico Vera, sin embargo, le fué imposible servirme. Continué hasta Sancti Spíritus con la idea de que Sergio Valle me resolviera este problema. Ya era mediodía y Raúl tenía que regresar para ratificar a mis compañeros que mis gestiones marchaban bien. Valle no estaba en Sancti Spíritus. Por eso me encaminé a la Notaría de un colega, el doctor Emilio Morata. Cuando finalmente hicimos contacto con él, mandé enseguida a Raúl para "Palma Sola". Morata me proveyó de ropa y zapatos y me puso en contacto con las hermanas Suárez. Estas, a su vez, con Piro Abreu. Después de narrarle a éste todas las vicisitudes quedamos en que pondría un chofer a mi disposición sobre las seis de la tarde. Este resultó ser Carlos Brunet.

Pasadas las siete de la noche emprendí el viaje de regreso a Fomento. Todo el trayecto de la carretera entre Sancti Spíritus y esa población se hallaba sin vigilancia del ejército ni de la policía. A las nueve de la noche en punto llegamos al lugar convenido. Todavía Chomón y demás compañeros no habían llegado.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

SORPRENDIDOS EN PLACETAS. BALACERA EN CABAIGUAN.

Carlos Brunet era un hombre locuaz que gustaba de correr en la carretera. En un kiosko situado a media cuadra del lugar convenido, mientras esperábamos, tomamos unas cervezas. A las nueve y media llegó el jeep atestado de personas. Cinco sombreros guajiros coronaban las testas de aquellos improvisados campesinos. Después de hablar unos segundos con ellos convinimos en hacer el transbordo a la salida del pueblo. Entre fuertes estrechones de manos nos despedimos de Raúl, el tío y el chofer. Apenas Brunet comenzó a rodar por la vía que conduce desde Fomento a Placetas, les informé a mis compañeros que la carretera estaba limpia de enemigos. De ahí que Faure y Eduardo desarmaran sus dos M-3 y los introdujeran en los maletines que les había traído con ese objeto. Nuestro proyecto era salir en distintos ómnibus desde Placetas hasta la Habana.

El entronque del camino que va hacia Báez estaba también despejado. Treinta minutos más o menos nos separaban de Placetas. A la entrada de esta población nuestras luces divisaron a un carro micro-onda del ejército situado al lado de un jeep. Todo indicaba que nos registrarían. Brunet dió un frenazo y casi paró en seco. Dobló por una calle, a la derecha. Las autoridades se dieron cuenta y, cortando camino, trataron de interceptarnos cuando, velozmente, nos dirigíamos hacia el centro de la ciudad. No pudieron lograrlo; pero nos siguieron a toda velocidad. Nuestro chofer avanza zigzagueando al par que nos recomienda que nos quedemos en alguna obscuridad. Pero ninguno de los que allí íbamos conocía a Placetas ni a Las Villas. Mientras todo esto sucedía Eduardo y Faure trataban, sin lograrlo, de armar sus M-3. Tanto el jeep del ejército como la microonda nos tocaban el claxon y hacían señales de que nos detuviéramos. Inexplicablemente nuestro chofer paró. Y cuando los soldados se bajaban de sus vehículos, dirigiéndose hacia nosotros, de nuevo emprendemos veloz carrera. Vuelven a seguirnos. Llegamos a la carretera central y doblamos a la derecha. En los momentos que ellos pretendían hacer lo mismo Eduardo y el "oriental" disparan sus pistolas; y los dos persecutores se detienen como por un resorte. A su vez, nos disparan con todas sus armas. Suponemos que nos siguen; pero no ha sido así. En Placetas reina la confusión pues un tremendo tiroteo acaba de tener lugar en el sitio más céntrico del pueblo.

El incidente que a poco nos cuesta la vida perturba nuestros planes. De pronto nos vemos corriendo a gran velocidad por la

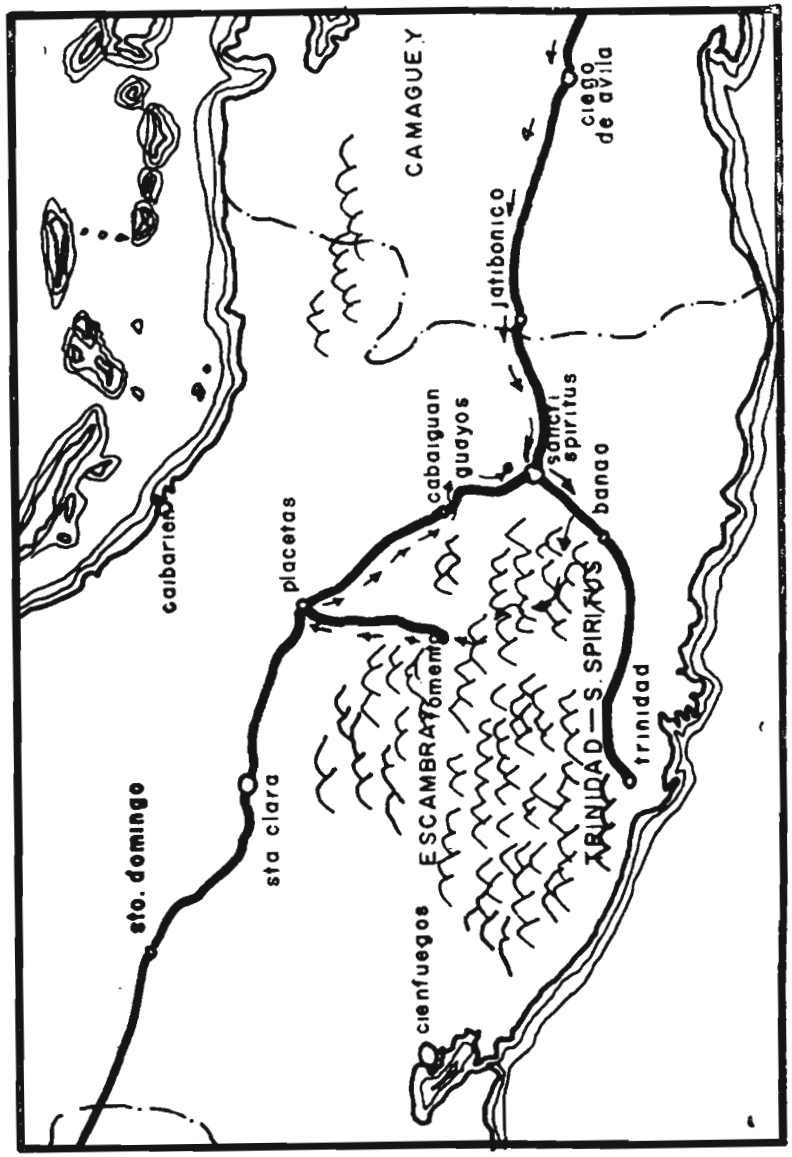
carretera central y no rumbo a la Habana; sino hacia Oriente. Nuestro chofer insiste en que nos siguen persiguiendo y aconseja abandonar el automóvil en la carretera y caminar hacia el monte en busca de la cordillera. Aquella idea no nos satisface. Somos hombres del llano y preferimos morir peleando en él que volver a las marchas y contramarchas por el techo del cielo. Brunet asegura que nos matarán a todos en Cabaiguán, que es el próximo pueblo. Y resuelve ir hacia las lomas. Ya Eduardo García Lavandero y Faure Chomón han armado sus dos M-3. Al fin decidimos detener la marcha para que quede Brunet. Alberto Blanco coge el timón; pero el vehículo no arranca. Estamos en medio de la carretera. Se aproxima un auto y comenzamos a bajarnos. Cogemos posiciones para ripostarle cuando en eso el Chevrolet funciona. Montamos apresuradamente en el vehículo los que nos hemos bajado. Rosendo Yero, "el oriental", que ya ha ganado la cuneta se queda con Brunet en medio de la confusión. Días después llegaría sano y salvo a la capital. Alberto Blanco es un gran chofer; pero le imprime una velocidad al automóvil que está a punto de volcarse.

A partir de ese momento soy yo quien tiene más conocimiento de la zona por haber pasado este mismo día dos veces por el lugar. A gran velocidad nos aproximamos a Cabaiguán. La jefatura de policía y el cuartel, están en un mismo edificio. Entrando en el pueblo a la derecha, en el borde mismo de la carretera central. Decidimos tratar de rebasar este pueblo y Guayos. Nuestra meta es Sancti Spíritus. El resplandor de las luces, al frente, nos indican que estamos llegando. Delante voy yo con el chofer. Detrás van, de derecha a izquierda: Eduardo, Luis Blanca y Chomón. A lo lejos se ven señales con faroles mandándonos a parar. No cabe duda que por la microonda ya le han avisado y nos aguardan. No hay otra calle por donde poder desviarse. Hay que seguir hacia ellos. Alberto frena y hace como si fuera a detenerse. Suman más de 15 personas entre soldados y policías portando todo tipo de armas. Tres o cuatro están situados en la calle y el resto en la acera; al lado de la carretera. Nos acercamos lentamente mientras nos apuntan. Eduardo asoma la boca de su M-3 por la ventana de atrás y de un tirón descarga los treinta tiros de su magazine. Al mismo tiempo que Alberto, de súbito, agachando la cabeza, les lanza encima el automóvil. Cientos de disparos suenan en nuestro vehículo. A cada tiro que da en él cada uno piensa, para sí, que ha tocado al vecino. Los cristales y pedazos de carrocería saltan hechos añicos. Uno de estos últimos me pega en la frente. Eduardo exclama: "me han herido". Alberto dice igual. Yo voy atento al timón para sustituirlo, pero me luce que está bien. ¿Los otros? —pre-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

gunto—. "Bien", dicen a un tiempo Faure y Luis.

El automóvil continuó su marcha por dentro del pueblo a gran velocidad. No eran todavía las diez y media de la noche. Ante el recibimiento que tuvimos en Cabaiguán supusimos que en Guayos y Sancti Spíritus no iban a ser menos. Andando aún el auto por este pueblo decidimos abandonarlo. En una de las últimas calles que atraviesan la carretera central doblamos a la derecha. Avanzamos casi diez cuadras. No lejos de la clínica donde es médico el Dr. Vera abandonamos el vehículo. Antes recogemos los maletines con los magazines de repuesto y alguna ropa vieja. Al dar el último portazo el parabrisa trasero cayó de cuajo. Lucía haber sido serruchado por un curioso carpintero. Había sido una de las muchas ráfagas de plomo que nos habían disparado en el cuartel de Cabaiguán.



Mapa de las montañas de las Villas y parte de la provincia de Camagüey. La flecha indica el recorrido de la expedición, proveniente de esta última provincia, hasta internarse en la Sierra de Banao por la Subregión de Sancti-Spíritus. Así como el itinerario seguido por un grupo de compañeros cuando bajaron de la empinada cordillera.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

BORDEANDO LA CARRETERA CENTRAL

Tan pronto nos apeamos del automóvil, instintivamente, comenzamos a marchar hacia la cordillera. Había una luna muy clara, y su silueta majestuosa nos invitaba a volver a ella. Eduardo insiste en que le han dado a la altura de la cintura; pero no mana sangre. Alberto comprueba que lo que le rozó el hombro fué un cristal. Se siente bien. Eduardo siente solamente un escozor. A toda velocidad nos alejamos del automóvil. Saltamos una cerca de alambre y avanzamos hacia el sur. Nos topamos con la línea de ferrocarril y doblamos hacia la izquierda. Seguimos durante un rato por ella. Hablamos caminando, sin perder tiempo. Y así decidimos variar el rumbo pues, con toda seguridad, tratarían de interceptarnos camino de la cordillera. Abandonamos la línea y, saltando una cerca de "piña de ratón" que nos acaricia levemente, viramos hacia la izquierda. Ahora vamos rumbo al norte. Eduardo se anima y marcha delante. Cruzamos un arroyo pestilente. Sentimos a lo lejos una docena de disparos y suponemos que acaban de hallar el automóvil abandonado. Hombres precavidos, lo tirotean antes de acercársele. Frente a nosotros el ir y venir de luces nos indica que estamos llegando a la carretera central. Decididamente, a pesar de los recibimientos de Placetas y Cabaiguán, nos hallamos más seguros en el llano. Además, caminamos con gran velocidad desde que dejamos las lomas. Un resplandor cercano nos indica que estamos a las puertas mismas del pueblo de Guayos. Los jeeps del ejército pasan en todas direcciones. Nos acostamos en el suelo, detrás de una cerca y los vemos pasar a nuestro lado. Más de tres ambulancias militares cruzan la carretera rumbo a Cabaiguán. Luego sabríamos que tres policías habían sido heridos en el cuartel. Al fin decidimos cruzar la carretera. Lo hacemos de uno en fondo. Continuamos hacia el norte hasta rebasar, en más de cien metros, la vía y doblamos a la derecha. Nuestro propósito es ir bordeándola hasta llegar a Sancti Spíritus. Paralelamente a ella marchamos rápidamente. Enseguida pasamos por las afueras de Guayos. Tenemos que cruzar una nueva línea de ferrocarril y otra carretera Entramos en un potrero. Atravesamos patios, maizales, platanales y cañaverales. Todo por trillos y caminos, pues no hay que temer, como en las lomas, dejar algún rastro. Son lugares sumamente transitados que bordean la carretera. Innumerables bohíos corren a través de toda ella. Por esa zona hay cientos de campos sembrados de tabacos. Eduardo, como buen pinareño, abre la marcha indicándonos la forma de caminar entre ellos. Por cada patio de casa que pasamos un perro nos sale al encuentro ladrándonos. En lo

alto de una pequeña cuesta se levanta una torre micro-onda del ejército. Pasamos por su lado con la mayor precaución. Nos mantenemos caminando hasta las cuatro de la madrugada. Hemos hecho un descanso solamente.

Asoma el resplandor del alba y ante nosotros se interpone el río Tuinicú. Un puente de hierro lo salta por la Central. Es posible que esté vigilado para evitar un sabotaje; o en espera que los atacantes del cuartel de Cabaiguán traten de pasar por él. Hay que tomar una decisión. Resolvemos alejarnos de la carretera para tratar de cruzarlo; pero no hay ningún paso accesible. Hemos caminado veinte kilómetros en menos de siete horas. Nos hallamos en un batey que tiene varios bohíos alrededor. En frente el río. El lugar se llama la "Aurora". Nos dirigimos hacia el bohío que está más alto en el topo de una pequeña loma. Al lado, en un platanal, nos quedamos dormidos Luis Blanca y yo. Eduardo y Faure se dirigen hacia él. Alberto Blanco no duerme, está inquieto.

La escena que se desarrolló aquella mañana es digna de narrar. Antes de decidirse a despertar al campesino, Eduardo y Chomón se sientan a esperar que él mismo encienda el fogón. Alberto se va de nuestro lado y se dirige a la casa suponiendo que ya están dentro de ella nuestros dos compañeros. Toca a la puerta y le sale el guajiro. Al no ver a Faure y Eduardo sólo se le ocurre decir: "¿no ha visto usted a dos muchachos por aquí?" El hombre, absorto, responde negativamente. Cuando regresa al platanal se los encuentra y van entonces los tres hacia el bohío. El guajiro, receloso, se niega a darnos hospitalidad. Su cara es inolvidable. Con un sombrero de yarey de alas hacia abajo y un par de inmensos ojos azules que se le querían salir. Al preguntarle Eduardo su filiación política respondió: "Yo soy extranjero, y los extranjeros siempre están con el gobierno". Luego, al franqueársenos, nos explicaría que al ver a Eduardo y Faure con dos armas largas, supuso que éramos soldados vestidos de civiles, pues por allí nunca habían ido rebeldes. El campesino, después de consultar con su esposa accedió a darnos desayuno, pero no en la casa. A unos diez metros de la misma había un "vara en tierra" que servía de granero y "chiquero" a la vez. Los cinco, acurrucados, después de desayunar, nos recostamos como mejor pudimos sobre las mazorcas de maíz. Quedamos rendidos hasta el mediodía. Habíamos hecho confianza en aquel matrimonio. Luego nos enteramos que estos isleños de las Canarias eran los únicos guajiros de este batey que no tenían parientes dentro del ejército batistiano. Si en vez de tocar en esta casa lo hacemos en otro bohío hubiéramos tenido que permanecer en él de un modo violento.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

Después de dormir y almorzar decidimos convencer al primogénito del campesino para que nos sirviera de contacto con el pueblo. Al principio los padres se opusieron; pero luego accedieron. Di un retrato de mis hijos como contraseña para que se lo mostrara a Emilio Morata, en Sancti Spíritus; y así se estableció el contacto. Al caer la tarde salí del lugar y me entrevisté con Piro Abreu como a cuatro kilómetros de donde estábamos. En la casa de un hermano del viejo Cadenas. Ya de noche salí con dos hijos del primero y regresó a buscar a los demás compañeros. Nos despedimos del buen isleño a quién, en cierto modo, debíamos la vida y volvimos a la casa. No sin antes cruzar el río por un paso muy distante de la carretera. La travesía la hicimos en una balsa. Aquella noche dormimos bajo unas cañas bravas en el traspatio de la casa de la familia Cadenas. Sus hijos y familiares nos cuidaron el sueño.

El miércoles 5 de marzo nos despertaron al amanecer. Unos vecinos nos cedían su hogar hasta que, al mediodía, nos marcháramos. Pues la casa de los Cadenas había sido registrada por el ejército varias veces con anterioridad. Los hijos de éste nos fueron a comprar ropas limpias y adecuadas a Sancti Spíritus, y de regreso se produce una gran alarma pues varias parejas de soldados visitan diversas casas vecinas a las nuestras. Acabábamos en esos momentos de desayunar y tuvimos que huir por el fondo, con las armas en las manos, y deslizarnos hasta una cañada de más de cinco metros de profundidad. En ella nos parapetamos sin poder evitar que un campesino que se hallaba arando presenciara todo este movimiento. Al cabo de una hora de suponernos cercados se descubrió que los hombres de uniforme visitaban casa por casa devolviéndoles a los ciudadanos sus cédulas electorales aconsejándoles, al propio tiempo, que no dejaran de votar en debida forma en las elecciones del día primero de noviembre.

Las circunstancias nos exigían que permaneciéramos a orillas del arroyo y hasta allí nos llevaron las ropas nuestros amigos. Nos afeitamos y lavamos como mejor pudimos. En esa tarea nos hallábamos cuando Eduardo García Lavandero exclamó: "¿No se los decía? Miren mi cinturón". En el mismo se apreciaban cuatro hendiduras a una pulgada de distancia una de otra a la altura de los riñones. La cuarta había cortado el borde superior del cinto. Era, sin duda alguna, la bala que le había producido mayor ardentía y escozor. Los otros tres plomos no habían llegado a perforar del todo la piel del cinturón, pues, como el anterior, atravesaron la carrocería del automóvil y habían dado en el cuerpo de nuestro compañero después de un largo recorrido. Razón tenía Eduardo cuando al salir de la balacera de Cabaiguán había exclamado que le habían pegado. ¡Cosas del Destino! Estaba escrito que Eduardo no moriría en la provincia de Las Villas. Sería tres meses después en la capital de la República.

Los familiares del viejo Cadenas nos aconsejaron que saliéramos de dos en dos. Ellos mismos nos acompañarían a movernos por la zona. Y así se hizo. Blanca partió para Camagüey. Le siguió Faure y más tarde Eduardo y Alberto Blanco. Los tres rumbo a La Habana. Sobre las doce del día partí yo. Cambié de ómnibus en Santa Clara. Y otro me condujo hasta la ciudad de Matanzas, donde permanecí dos días en la casa del compañero Filiberto Henderson. El día siete el oculista Raúl González me condujo hasta la residencia del Dr. Humberto Castelló, en San José de las Lajas. Al siguiente día, a las doce meridiano, arribaba con éste a la capital. Hacía justamente un mes que habíamos desembarcado por Nuevitas.

Atrás quedaban las montañas. Ahora venía la lucha en la ciudad. Mil veces más peligrosa que la pelea en los montes y cordilleras. Donde una muerte casi segura aguardaba a casi todos los combatientes que se hallaban sumergidos en el clandestinaje. Pueblos y ciudades de la isla fueron la tumba de más del 80% de los combatientes que se enfrentaron a Fulgencio Batista en sus siete largos años de tiranía.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

El Comandante Faure Chomón Mediavilla, Secretario General del Directorio Revolucionario, Jefe de la expedición que desembarcara en Nuevitas y llegara al Escambray a mediados de febrero del año 1958.

EPILOGO

La Habana era un hervidero cuando llegamos a ella. En el mes de marzo caen asesinados Arístides Viera y Sergio González, dos de los más valiosos hombres de acción del Movimiento 26 de julio. A principios de abril la policía descubre el arsenal que habíamos traído desde Miami, el cual se hallaba en la playa de Santa Fe. Aquello fué un golpe rudísimo para la Organización. El día 9 de ese propio mes se produce, con un alto saldo de sangre, la huelga decretada por el Movimiento 26 de julio. Los cuerpos represivos lucían ser los dueños absolutos de la capital. Problemas surgidos en el Escambray determinan que Faure Chomón vuelva a la cordillera a principios de julio. Antes de subir a la misma hemos pasado por la irreparable pérdida de Eduardo García Lavandero. Este es sorprendido por unos esbirros. Y al ser herido, se hizo fuerte en una tintorería donde vendió cara su vida. Dos semanas después son asesinados Pedro Martínez Brito y Tato Rodríguez Vedo. Diez y ocho años contaba el último al morir.

En el Escambray —debido a su falta de disciplina— se separa a Eloy Gutiérrez Menoyo de la organización. Los comandantes Rolando Cubela, Faure Chomón y Humberto Castelló quedan al mando de las tropas del Directorio Revolucionario.

Con motivo de la expedición que trajo el yate "Scapade" a Cuba se produjo en los Estados Unidos un extraordinario enardecimiento entre los hombres del Directorio Revolucionario. Numerosos ocmpañeros comenzaron a entrar en el país, por uno u otro medio. Desde febrero a diciembre llegaron: Juan Abrantes, Agustín Díaz Arquelles, y Tony Santiago García, por el aeropuerto de Rancho Boyeros. Subieron a las lomas del Escambray y bien pronto alcanzaron altos grados como oficiales del Ejército Rebelde del Directorio Revolucionario. Raulín González embarcó por Cayo Hueso. Pudo eludir la vigilancia de las autoridades al desembarcar en Cuba; pero el aventajado estudiante de cirujía dental moriría meses después tratando de alcanzar los picachos de la gloriosa cordillera. Jorge Páez, Héctor Salinas y Domingo Portela entraron felizmente por el aeropuerto de Varadero. El temerario Tato Rodríguez Vedo, buscado activamente por el esbirro Ventura en la Habana, desembarcó con dos pistolas y una granada al cinto por su ciudad natal: Camagüey. Los comandantes José Moleón y Mongo González Coro arribaron subrepticiamente por el norte de la provincia de Pinar del Río, no lejos del puerto del Mariel. Y el también comandante Ramón Guín, acompañado del joven Miguel Isalgué, trajo un equipo de armas que desembarcaron por la misma ba-

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

hia de Matanzas. En los dias finales de la campaña el Capitán Carlos Figueredo (que había salido del país meses atrás) trajo a Pepe Puente y Enrique Montero en un avión cargado de armas que aterrizó en el aeropuerto libre de Fomento el 26 de diciembre. Dos días después Felipe Cárdenas, Juan Gallarreta, y Raúl González Tapia se aparecían en Sancti Spíritus en un Cesna de cuatro plazas. De regreso a la Florida en busca de más armas y hombres el avión se estrelló antes de llegar, falleciendo su valiente piloto Enrique Jesús Causo.

Luchando contra las más duras adversidades el espíritu indomable de Faure Chomón levantó un magnífico ejército de guerrillas en las montañas del Escambray. Mientras, en la Habana, la abnegación y sacrificio de los comandantes Julio García Olivera, Alberto Mora, Gustavo Machín y Raúl Díaz Arguelles, resistían y hasta atacaban la poderosa maquinaria represiva de la tiranía. En junio estuvieron a punto de culminar felizmente dos atentados personales contra Esteban Ventura y Santiago Rey. Este último resultó herido gravemente en el rostro. En el mes de noviembre del año 1958 una docena de agentes de la XV estación de policía de Marianao son puestos fuera de servicio en menos de diez minutos.

A pesar de la escasez de armas y los esfuerzos de la tiranía por apagar el bastión rebelde del Escambray, los hombres de Chomón continuaban combatiendo. Sobre la marcha se fueron formando magníficos oficiales. Y desde las montañas bajaban los combatientes del Directorio a los llanos y ciudades de Las Villas en busca del ejército del dictador Batista. No es éste el momento de hacer la descripción de la cadena de victorias que obtuvieron los hombres del Directorio en dicha región. Guinia de Miranda, Meyer, Sopimpa, Condado, la carretera de Sancti Spíritus-Trinidad, la primera de estas ciudades, Manacas, Iznaga, Placetas, Fomento, recibieron la visita a los barbudos de Faure Chomón. El día 13 de octubre de 1958, por ejemplo, la ciudad de Placetas era tomada por el Comandante Rolando Cubela mientras que Fomento caía en manos del Comandante Faure Chomón. Varias horas estuvieron ambas poblaciones en poder del Directorio.

En el mes de noviembre, en un pequeño pueblo de la cordillera del Escambray, llamado "Pedrero", se forjó la unidad que habría de derrocar a la dictadura. El comandante Ernesto Guevara, representando al Movimiento 26 de julio, llegó a un acuerdo con los hombres del Directorio Revolucionario y trazaron un plan de lucha a desarrollar en las inquietas Villas. No se trataba solamente de una estrategia a desarrollar en el campo de la guerra. El acuer-

do tenía implicaciones fiscales, políticas, etc. Para esa época ya el pueblo de Condado se hallaba, hacia tiempo, en poder del Directorio Revolucionario. Y los aviones de la Dictadura machacaban sin cesar a la indefensa población civil que allí vivía.

En el mes de diciembre, repuesta la Columna "Ciro Redondo" de su heroica invasión desde Oriente hasta Las Villas, se inicia la lucha final contra la tiranía. Mientras las tropas del 26 de julio tomaban el pueblo de Guinia de Miranda los hombres del Directorio hacían lo mismo con Tunas de Zaza. Los primeros se apoderaban de Fomento y los oficiales Petersen y Rabel, bajo el gallardete del Directorio ocupaban a Báez. Y así van cayendo, uno a uno, Manicaragua, Remedios, Cabaiguán, Caibarién, Cruces, Santo Domingo, Placetas, Sancti Spíritus, Guayos, Yaguajay. Esta última tras fiera lucha es tomada por el comandante Camilo Cienfuegos. Faure Chomón sitia y toma a Trinidad. Un capitán y varios hombres del Directorio mueren en el ataque. Los soldados de la tiranía caen como hojas de árboles defendiendo palmo a palmo la ciudad. Las más amargas navidades de su vida pasa el tirano Batista.

Los comandantes Guevara y Cubela, del 26 de julio y el Directorio Revolucionario, respectivamente, convergen sobre la capital de la provincia: Santa Clara. La estación de policía, el "Gran Hotel", el Gobierno Provincial, el Palacio de Justicia y el regimiento Leoncio Vidal serían atacados por el Comandante Guevara. Cubela tendría a su cargo la toma del Escuadrón 31 y el Cuartel de Vigilancia de Carreteras. Todos los objetivos de Guevara fueron cayendo bajo el fuego de los aguerridos veteranos que peleaban bajo su mando. En la toma de la estación de policía murió el jefe de los asaltantes, conocido con el nombre de "Vaquerito". Un tren blindado con trescientos cincuenta hombres que había enviado días atrás el dictador a la provincia cae en manos de los rebeldes del 26 de julio. El escuadrón 31, defendido tenazmente por tres centenares de hombres resisten el cerco de Cubela. El cuartel de Vigilancia de Carretera se rinde a las tropas del Directorio tras fiera lucha. El tanque que lo defiende se mueve hacia el Escuadrón 31. Aquí se une a dos tanquetas y cuatro tanques "Shermann" más que defienden esta guarnición. Al segundo día de ataque el comandante Cubela recibe un balazo en un brazo que lo pone fuera de combate durante 24 horas. El comadante Raúl Nieves asume el mando. Los tanques tratan de desalojar a las tropas del Directorio; pero un pequeño cañón que maneja Carlos Figueredo los detiene. Roberto Fleitas, un joven estudiante de 18 años de edad, armado con un M-1 se enfrenta sólo a otro de los tanques. Una ráfaga mortífera

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

de ametralladora calibre 30 del mismo lo deja sin vida. El primer día del año se rinde el Escuadrón 31. En la madrugada el dictador Batista, con un grupo de millonarios hartos de sangre y de robo se fugaron vergonzosamente. Sigue la misma ruta que los demás déspotas de América: Rojas Pinilla, Pérez Jiménez, etc. Cuando el Comandante Ernesto Guevara se dispone a atacar la más nutrida guarnición de la ciudad, el regimiento Leoncio Vidal, se recibe la noticia de que Batista ha huído. El jefe de la plaza rinde la posición. La guerra ha terminado. Se inicia la invasión de la capital por los barbudos. La Universidad de la Habana, primer bastión que se irguiera en la mañana del 10 de marzo contra la dictadura recibe a los oficiales salidos de su seno: Chomón, Cubela, Abrantes, Quevedo, Castelló, Moleón, Machín, García Olivera... El Alma Mater los recibe con los brazos abiertos. Y a la plaza "Cadenas" va a reposar, majestuosamente, un tanque de guerra que tiene un nombre pintado burdamente a su costado: "R. Fleitas".

SUMARIO

	Pág.
Dedicatoria	5
Palabras de Faure Chomón	7
Prólogo por Humberto Castelló	11
Introducción	15
El Exilio	19
Preparativos de la Expedición	23
Partida de Miami	29
En la "Isla Andros"	36
Perdidos en las Bahamas	40
"Raccon Cay"	44
Hacia Cuba	54
Desembarco en Santa Rita	58
Desde Nuevitas a Escambray	61
Llegada a la Sierra de Banao	66
Choque en el "Cacahual"	69
Ramón Pando Ferrer cae prisionero	73
El Combate de la "Diana"	77
Una Jornada de Trece Horas	79
Proclama desde la Sierra	82
Caminando entre Nubes	86
Salida del Escambray	89
Sorprendidos en Placetas. Balacera en Cabaiguán	90
Bordeando la Carretera Central	94
Epílogo	99

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm

SECCION DE IMPRESION
CAPITOLIO NACIONAL
LA HABANA - CUBA

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm